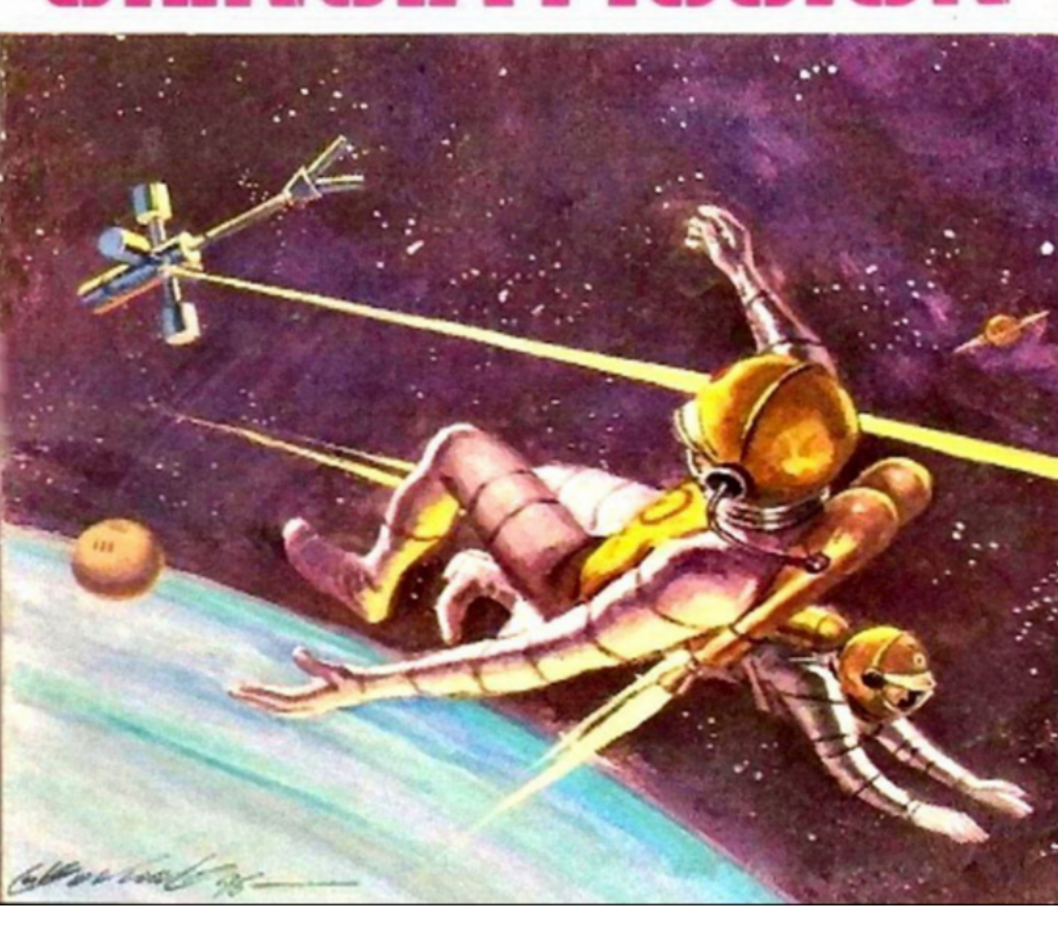
BOLSILIBROS BRUGUERA

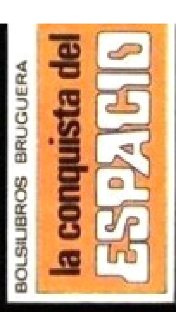
la conquista del ESPACIO

EL SEÑOR DEL FUEGO

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION

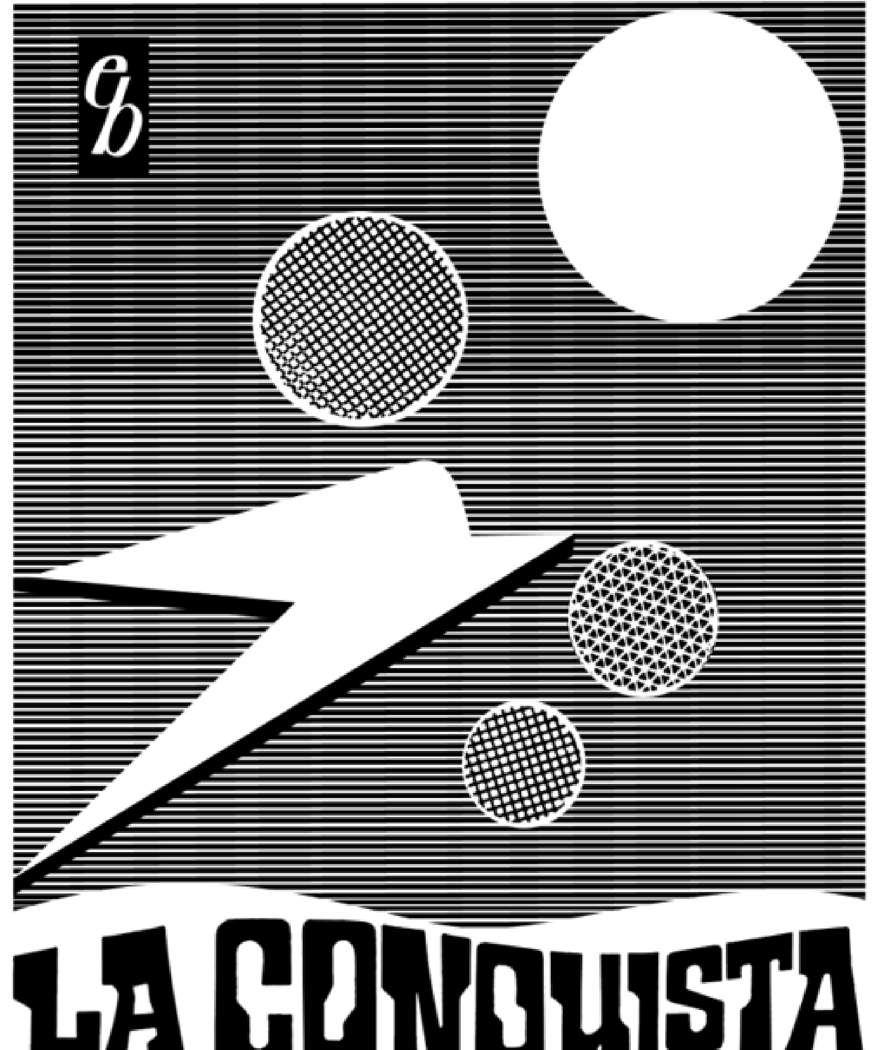




EL SEÑOR DEL FUEGO

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

1. — La granja, *Ralph Barby*
2. — Planeta en agonía, *Glenn Parrish*
3. — La amenaza murida, *A. Thorkent*
4. — Larvas, *Adam Surray*
5. — Antiplaneta, *Glenn Parrish*

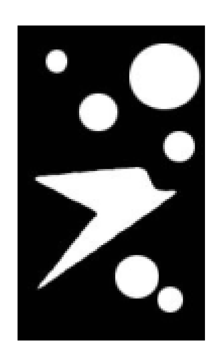
CLARK CARRADOS

EL SEÑOR DEL FUEGO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 325

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 36.679 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,** S. A.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1976

CAPITULO PRIMERO

Cuando el honorable Richard F. Pattis, director gerente, primer accionista y, en realidad, propietario de las Manufacturas Pattis leyó la carta que le había llegado aquella mañana en el correo, se echó a reír.

—¿Algo gracioso, señor? —le preguntó su secretaria, cuyo papel se había limitado a abrir aquel sobre y otros varios.

—Bueno, según se mire, Ann... A mí me hace gracia, pero es por mi carácter. Quizá a otro le haga reír o, con perdón, jurar. Tome, lea.

Ann alargó su mano y cogió el papel que le tendía su jefe. La misiva decía:

«El día 16, a las cinco y treinta en punto, deberá tener preparado un millón de N. $, en billetes de Banco de a mil, los cuales introducirá en el cilindro que le llegará al mismo tiempo que la presente. Cuando, de regreso a su casa, pase a la altura de Black Gulch, deberá dejar caer el cilindro desde su helimóvil. No se preocupe de nada más..., pero no desatienda estas indicaciones.

»Si no lo hace, morirá.»

Ann Rhoddell, la secretaria personal de Pattis, casi saltó en su

asiento.

—¡Un millón de neodólares!

—El chico es modesto pidiendo —contestó Pattis sarcásticamente—. Ni siquiera un milésimo de neodólar tendrá de mí, Ann. Queme esa carta y no se preocupe de más. Debe ser obra de un chiflado. ¡Un millón de neodólares! Pero ¿qué se han creído algunos...?

Ann, una encantadora muchacha de veintitantos años, pelo claro y ojos grises, puso la carta sobre un gran cenicero de cristal y le arrimó la llama de una cerilla. En el mismo instante, llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Pattis.

Rudy, el conserje del edificio, apareció en la puerta con un paquete de forma alargada.

—Acaban de traer esto para usted, señor —manifestó.

—Ábralo, Rudy, por favor.

El conserje, aunque perplejo, obedeció. Dentro de una caja de cartón apareció un cilindro de unos treinta centímetros de largo, por quince de base, de metal muy pulido y brillante. Rudy pudo apreciar una tapa en uno de sus extremos.

—¿Señor Pattis?

—Desenrosque la tapa —indicó el aludido.

Rudy lo hizo así. Un segundo después, lanzaba una exclamación de asombro:

—¡No hay nada, señor!

Pattis sonrió.

—Me lo figuraba —dijo—. Tome, Rudy, y gracias por todo.

Una moneda de un cuarto de N. S voló por los aires. El conserje la atrapó con la mano, saludó y se retiró.

—Es un envase muy bonito —comentó Ann.

—Para usted —refunfuñó Pattis—. Es decir, si lo quiere...

—Sí, resultará un florero muy bonito. Gracias, señor Pattis. ¿Continuamos?

—Desde luego.

Richard F. Pattis se olvidó por completo del anónimo amenazador. Pero lo recordó el día 16, a las cinco de la tarde, cuando salía de su despacho.

El ascensor le condujo a la terraza del edificio, donde tenía su helimóvil. Pattis se sentó en el puesto del conductor y programó el viaje de regreso a su residencia, situada en el campo, a ochenta y tantos kilómetros de la ciudad.

La pista automática guió al aparato con la misma seguridad que si tuviese ruedas y se moviera por una de las antiguas autopistas. Para distraer el viaje, como de costumbre, Pattis había conectado el televisor, a fin de escuchar las últimas noticias.

El cielo estaba lleno de aparatos semejantes, que se cruzaban, sin rozarse unos con otros, debido a la perfección de las pistas aéreas. De pronto, muchos de los viajeros, pero, sobre todo, los que viajaban detrás de Pattis, vieron caer del cielo una especie de rayo luminoso.

Era algo así como una delgada raya, de intolerable resplandor, y apareció en fracciones de segundo, deteniéndose justamente sobre el helimóvil de Pattis. Antes de que nadie pudiera preguntarse por los motivos del extraño fenómeno, el aparato se convirtió en una bola de fuego.

* * *

Rock Dussey leyó la noticia en su televisor.

Las declaraciones de los testigos coincidían en lo sustancial: un dardo de fuego blanco había convertido en cenizas el helimóvil y a su ocupante, del que sólo se había podido encontrar un trocito de su reloj de pulsera.

En cuanto al helimóvil, había ardido como si fuese de madera.

Tan sólo se habían encontrado algunos restos que cabían en el hueco de la mano. La policía se sentía sumamente desconcertada por aquel extraño suceso, cuyos orígenes y causas eran desconocidas para todo el mundo.

Al día siguiente, el enigma se aclaró un poco más, cuando Ann Roddehell, la hermosa secretaria de Pattis, mencionó la carta recibida un par de semanas antes.

El interrogatorio de la joven se hizo público, a petición del comisario San Rafael, encargado del caso.

—Así pues, el difunto señor Pattis recibió una carta en la que se le exigían un millón de neodólares.

—Sí, comisario.

—¿La leyó usted?

—Sí. El me la dio para que la leyera. Dijo que era obra de un chiflado. A mí también me pareció lo mismo, desde luego.

Dussey escuchaba el interrogatorio sumamente interesado.

—¿Quién lo diría? —musitó—. Con la de años que hace que no veo a Anita Rhoddell.

—¿Qué hicieron con la carta?

—La quemé. El señor Pattis me lo ordenó y yo le obedecí. No teníamos motivos para suponer que fuese una amenaza emitida en serio.

—Esa carta, ¿cómo llegó a poder del señor Pattis, señorita?

—En el correo. Yo abrí el sobre, se la entregué sin desplegar…

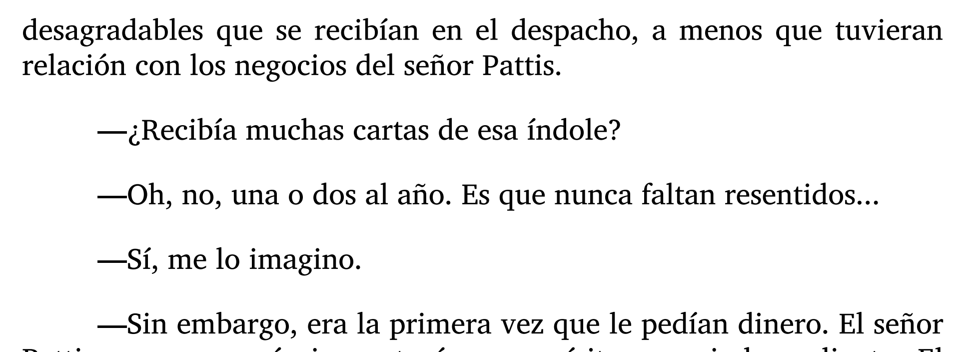
—¿Qué hicieron del sobre?

—Bueno, lo rompí en varios pedazos y los arrojé a la papelera.

El comisario San Rafael hizo un gesto de enojo.

—Hace dos semanas que les llegó la carta y la basura habrá sido ya incinerada. Por tanto, es una pista que perdemos —exclamó.

—Lo siento. Pero siempre lo hacíamos así con las cartas



desagradables que se recibían en el despacho, a menos que tuvieran relación con los negocios del señor Pattis.

—¿Recibía muchas cartas de esa índole?

—Oh, no, una o dos al año. Es que nunca faltan resentidos...

—Sí, me lo imagino.

—Sin embargo, era la primera vez que le pedían dinero. El señor Pattis era muy enérgico y tenía un espíritu muy independiente. El había hecho de su empresa lo que era en la actualidad. Con los empleados era siempre muy atento y correcto y nos pagaba unos sueldos superiores a lo establecido. Por eso lo hemos sentido todos muchísimo...

La mano del comisario se alzó para interrumpir a la joven.

—Señorita Rhoddell, dígame, ¿en qué forma debía realizarse la entrega del dinero?

Ann lo explicó detalladamente.

—De modo que el dinero había de ser introducido en un cilindro, que el señor Pattis debía arrojar al pasar por la vertical de Black Gulch.

—Sí, señor. Por cierto, el cilindro está en mi casa. Yo dije que resultaría un florero muy bonito y el señor Pattis me dio permiso para llevármelo...

El comisario San Rafael hizo un gesto con la mano.

—Ha dicho que su domicilio es Noventa y Siete, 8872, 34.J, letra E —recordó.

—Sí, señor.

—Ese cilindro puede constituir una buena pista. ¡Sargento Crowsee!

—¿Señor?

—Vaya a la casa de la señorita Rhoddell, con ella, claro, y tráigase el cilindro que le enviaron al señor Pattis. Señorita, muchas gracias por su cooperación.

—Adiós, comisario.

Rock Dussey cortó la comunicación. Ahora ya conocía el domicilio de Anita, a la que no veía desde hacía cinco años, al menos.

Sin saber por qué, se puso en marcha inmediatamente. Pero su residencia estaba bastante lejos de la de Ann, por lo que le costó casi una hora llegar al objetivo.

Ann en persona le salió al encuentro.

—¡Rock! —exclamó, atónita.

—Anita, he presenciado tu interrogatorio por televisión —manifestó él—. Caramba, estás más guapa que nunca —añadió Dussey.

Ella sonrió, halagada.

—No te imaginaba por aquí —declaró—. ¿Quieres pasar, aunque la casa esté todavía patas arriba?

A través de la puerta abierta, Dussey vio el interior, bastante revuelto, con una silla todavía volcada.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

—Alguien vino y se llevó el cilindro que yo tenía como florero —contestó la muchacha.

Dussey frunció el ceño.

—Son los inconvenientes de hacer los interrogatorios por televisión y en directo —masculló.

—Mi jefe era un personaje y el superintendente Moorehead creyó que al público le interesaría conocer la mayor cantidad posible de detalles sobre el suceso —explicó ella.

Dussey puso la silla en pie.

—Pero si tenías el cilindro como florero, ¿a qué revolver toda la casa? Debía estar a la vista, ¿no?

—Sobre aquella consola —señaló Ann—. Yo tampoco comprendo por qué lo han hecho, Rock.

—Resulta extraño —dijo él—. Anita, ¿guardabas algún documento importante del difunto Pattis?

—Oh, no, en absoluto. Nada de valor, excepto algunos objetos personales; un reloj, un par de anillos..., ciento veinte neodólares, en total. Anda, ven a la cocina y prepararé dos tazas de café.

—¿Qué dijo el sargento Crowsee cuando vio esto?

—Se mostró muy intrigado y manifestó que se lo diría al comisario. Yo no podía hacer nada, Rock.

—Por supuesto. De modo que el cilindro que usabas como florero era el que debía contener el dinero...

—Sí, Rock.

—Si lo usabas como florero, significa que tenía algún orificio por el que introducir los tallos de las flores

—En efecto... —Súbitamente, Ann se volvió hacia su visitante—. ¡Rock, la tapa roscada! —exclamó.

—Tenía una tapa roscada, porque no se puede arrojar un cilindro desde el aire, con un millón de neodólares en billetes sin taparlo, ya que el dinero se desparramaría indefectiblemente —adivinó él.

—Sí, Rock.

—Y dime, ¿dónde está la tapa?

—Pero, ¿qué tonta he sido? ¿Cómo no se me ocurrió antes?

Ann se volvió hacia una de las alacenas, abrió la puerta y sacó un bote de metal, que parecía de acero inoxidable.

—La tapa —anunció, triunfal—. Perdí la de este bote y puse la del cilindro que, casualmente, encajaba bastante bien, aunque sin roscarse, por supuesto.

Dussey cogió la tapa, dándose cuenta de que era un metal muy ligero, pero de extraordinaria resistencia.

De pronto, se oyó una voz en la puerta de la cocina:

—Confieso que estuve buscando esa tapa y que no la encontré,

pero era que tenía mucha prisa —dijo el desconocido, tan inesperadamente llegado—. Estuve aquí, ciertamente, aunque no se me ocurrió que la señorita Rhoddell fuese tan... «utilitaria».

Ann lanzó un gemido. Dussey contempló fijamente al hombre que tenía ante sí, alto y fornido, con gafas levemente coloreadas y un gran mostacho. El rostro, calculó, no era el suyo, ya que debía llevar puesta una máscara fabricada con gran realismo. Pero, en cambio, la pistola radiante que.se veía en su mano derecha era una amenaza que no se podía ignorar.

—La tapa, por favor —pidió el intruso—. No, no la lance al aire; déjela sobre esa mesa. Y retírense los dos hasta el fondo.

Dussey obedeció. Agarró la mano de Ann y tiró de ella.

El desconocido saltó hacia adelante y cogió la tapa. Luego retrocedió paso a paso.

—No intenten seguirme, sería peor —dijo.

Un segundo después, Dussey y la joven volvían a quedarse solos.

—Dios mío —exclamó ella—. Pero ¿qué pasa aquí, Rock?

—No tengo la menor idea —contestó él—. Pero si quieres un buen consejo, vete de la ciudad por una temporada.

Ann se asustó.

—Empiezo a tener miedo —dijo.

—Nadie te lo puede reprochar, Anita. Sea quien fuere, el chantajista es hombre que cumple su palabra. A Pattis le pidió un millón y, como se negó a pagar, lo mató. Personalmente, no creo que a ti te suceda nada, pero después de lo que hemos visto, creo que convendría que te ausentaras durante algún tiempo.

—Sí, lo haré —contestó la joven.

Pero cuando Dussey se hubo marchado, Ann se dio cuenta, extrañada, de que no se le había ocurrido preguntarle por qué había venido a su casa y qué interés podía tener él en la muerte de Pattis.

CAPITULO II

—Es evidente que el cilindro tiene alguna propiedad específica —dijo Dussey—. De lo contrario, el chantajista, pediría que el dinero fuese simplemente enviado en un paquete corriente. Mil billetes de a mil ocupan un espacio similar al de un ladrillo, ¿no te parece, Genaro?

El comisario San Rafael, antiguo conocido de Dussey, hizo un gesto de asentimiento. Los dos amigos habían comido juntos en un discreto restaurante, en el que se habían encontrado a petición del joven, y ahora estaban en el café y los licores.

—Y había que echarlo desde el helimóvil… —dijo el policía pensativamente.

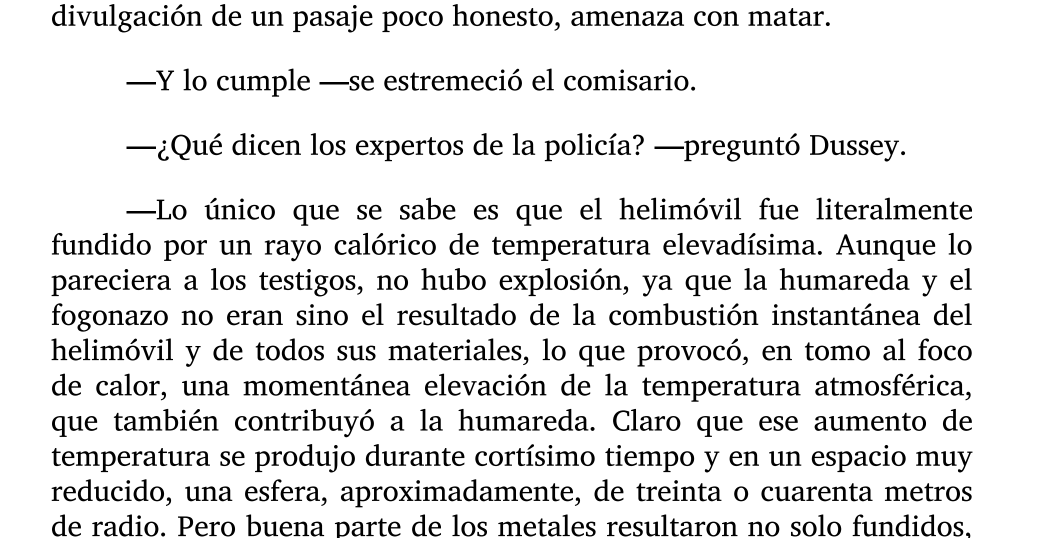
—Sí, en Black Gulch. ¿Conoces tú el lugar?

—Vagamente. ¿Por qué allí, precisamente, Rock?

—Oh, conveniencias del chantajista, claro.

—Pero ¿podemos llamarlo chantajista, Rock?

—Genaro, el chantajista vulgar viene a decir, más o menos: «Si no me pagas tanto dinero, divulgaré tal o cual secreto.» Este otro hace aproximadamente lo mismo, sólo que en lugar de amenazar con la



divulgación de un pasaje poco honesto, amenaza con matar.

—Y lo cumple —se estremeció el comisario.

—¿Qué dicen los expertos de la policía? —preguntó Dussey.

—Lo único que se sabe es que el helimóvil fue literalmente fundido por un rayo calórico de temperatura elevadísima. Aunque lo pareciera a los testigos, no hubo explosión, ya que la humareda y el fogonazo no eran sino el resultado de la combustión instantánea del helimóvil y de todos sus materiales, lo que provocó, en tomo al foco de calor, una momentánea elevación de la temperatura atmosférica, que también contribuyó a la humareda. Claro que ese aumento de temperatura se produjo durante cortísimo tiempo y en un espacio muy reducido, una esfera, aproximadamente, de treinta o cuarenta metros de radio. Pero buena parte de los metales resultaron no solo fundidos, sino vaporizados.

Dussey se espantó.

—Genaro, ¿qué clase de arma emplea el chantajista? —preguntó.

—No lo sé. Para todos nosotros resulta absolutamente desconocida. De lo que no cabe ninguna duda es de su eficacia y su instantaneidad. Creo que Pattis ni siquiera se enteró de lo que le sucedía.

—Sí, de repente se encontró en el foco de una fuente de calor intensísimo, de miles de grados...

—Decenas de miles de grados, según los expertos. Y, a juzgar por lo que dicen los testigos, ello ocurrió en fracciones de segundo.

—¿No hay rastros de bombas termógenas o algo por el estilo, Genaro?

San Rafael hizo un gesto negativo.

—Nada, ni siquiera lo que es el recorte de una uña —contestó.

—Bien, será cosa de...

Una atractiva camarera llegó de pronto, con un aparato en la mano.

—¿Comisario San Rafael? —dijo.

—Sí, señorita...

La camarera puso el videófono sobre la mesa.

—Le llaman de su oficina —indicó.

El videófono estaba ya conectado. San Rafael vio en la pantalla el rostro de su subordinado Crowsee.

—¿Sargento?

—Señor, se ha producido otro suceso análogo al que le costó la vida a Richard F. Pattis —informó Crowsee—. El muerto se llamaba Henry Monroe Ferebee.

A unos cinco kilómetros del objetivo, Rock Dussey desconectó el piloto automático y tomó los mandos del aparato. En la pantalla que tenía frente a sí aparecieron en el acto los indicativos de los canales aéreos que podía utilizar, si se separaba de las pistas automáticas.

Dussey fue reduciendo la velocidad del helimóvil, mientras contemplaba el terreno que se deslizaba a unos doscientos metros de distancia. Poco a poco perdió altura, hasta situarse a un metro del borde de un profundo barranco.

Las patas del tren surgieron automáticamente. Dussey abrió la cúpula y saltó al suelo.

El trazado del barranco era irregular, con entrantes y salientes bastante profundos. La anchura media era de unos cuatrocientos metros y, en muchos puntos, las paredes caían verticalmente, antes de alcanzar el fondo, a casi cien metros de la llanura.

Por el centro corría un arroyuelo, que saltaba de roca en roca, entre chopos y álamos. En las laderas, sin embargo, abundaban los abetos, de color acentuadamente más oscuro. Tal vez de ello provenía el nombre del lugar: Barranco o Cañada Negra. De todos modos, era un nombre antiquísimo, ideado por algún buscador de oro del siglo XIX, doscientos años antes.

Levantó la cabeza. A unos trescientos metros, como moscardones plateados, pero en silencio, pasaban los helimóviles que utilizaban la pista automática 206-E, la que siempre usaba Pattis para regresar a su casa, después de la jornada de trabajo. Pattis debía haber lanzado el cilindro con el dinero desde aquella cota.

¿Por qué?

¿Había algo en el fondo, que debía recoger el cilindro?

¿Era éste lo suficientemente resistente para no sufrir en la caída? Porque, además del primer impacto, luego rodaría y rebotaría por las laderas de la cañada, hasta quedar en las cercanías del fondo.

—Sí, resistiría —pensó a media voz—. Pero ¿quién lo recogería, en tal caso?

De pronto, le pareció ver algo que brillaba a unos noventa metros más abajo, en las inmediaciones de un grupo de álamos.

Paso a paso, caminó lateralmente, al. objeto de buscar un mejor punto de observación. Así llegó a separarse unos cincuenta o sesenta metros de distancia.

El objeto que brillaba resultaba todavía inidentificable. De pronto, Dussey recordó que tenía unos prismáticos en el helimóvil.

Cuando se disponía a volver al aparato, algo cayó del cielo, brillando deslumbradoramente. Dussey creyó que se quedaba ciego.

Una onda de horrible calor le hizo sentir una terrible angustia. El instinto le hizo echarse de bruces al suelo. No lejos de donde se hallaba se produjo una sorda explosión.

El calor se disipó a los pocos instantes. Dussey parpadeó varias veces, hasta que las manchas de color de sus retinas, provocadas por el resplandor, empezaron a disiparse. Cuando notó que sus ojos volvían a la normalidad, empezó a ponerse en pie.

Entonces vio algo que le dejó completamente estupefacto.

El helimóvil había desaparecido.

* * *

Rock Dussey llenó dos vasos v ofreció uno a su visitante.

—Y eso es todo, Genaro —dijo—. Por cuestión de segundos estoy todavía con vida.

Después de entregar el vaso al comisario, se acercó a una mesa y cogió tres pedacitos de metal, que parecían bolas golpeadas y abolladas.

—Esto es todo lo que queda de mi helimóvil —declaró—. El rayo de luz vino del cielo o, al menos, eso es lo que me pareció, porque me cegó durante unos minutos y no pude ver nada de lo que sucedió a continuación. El suelo, lógicamente, aparecía ennegrecido en torno al lugar donde se produjo el foco de calor. Incluso algunas piedras se habían vaporizado y parte de la arena, en los bordes, aparecía vitrificada.

El comisario San Rafael examinó detenidamente los fragmentos de metal.

—¿Cómo se te ocurrió ir a Black Gulch? —preguntó.

—Simple curiosidad. Pattis debía haber lanzado allí el cilindro con el dinero. Me dije que, en tal caso, alguien debía de haber establecido una especie de campamento, aunque fuese sólo por algunas horas. Por tanto, podía hallar algún rastro.

—Y lo encontraste.

—Nada en absoluto. Aquella cosa que brillaba cerca del fondo era una lata vacía. Lo comprobé cuando bajé a investigar. Pero no encontré absolutamente nada, ni siquiera señales de las patas de aterrizaje de un helimóvil que hubiera ido allí, con un ocupante, para aguardar el momento del lanzamiento del cilindro.

El policía tomó un sorbo de su vaso y luego se acarició la mandíbula pensativamente.

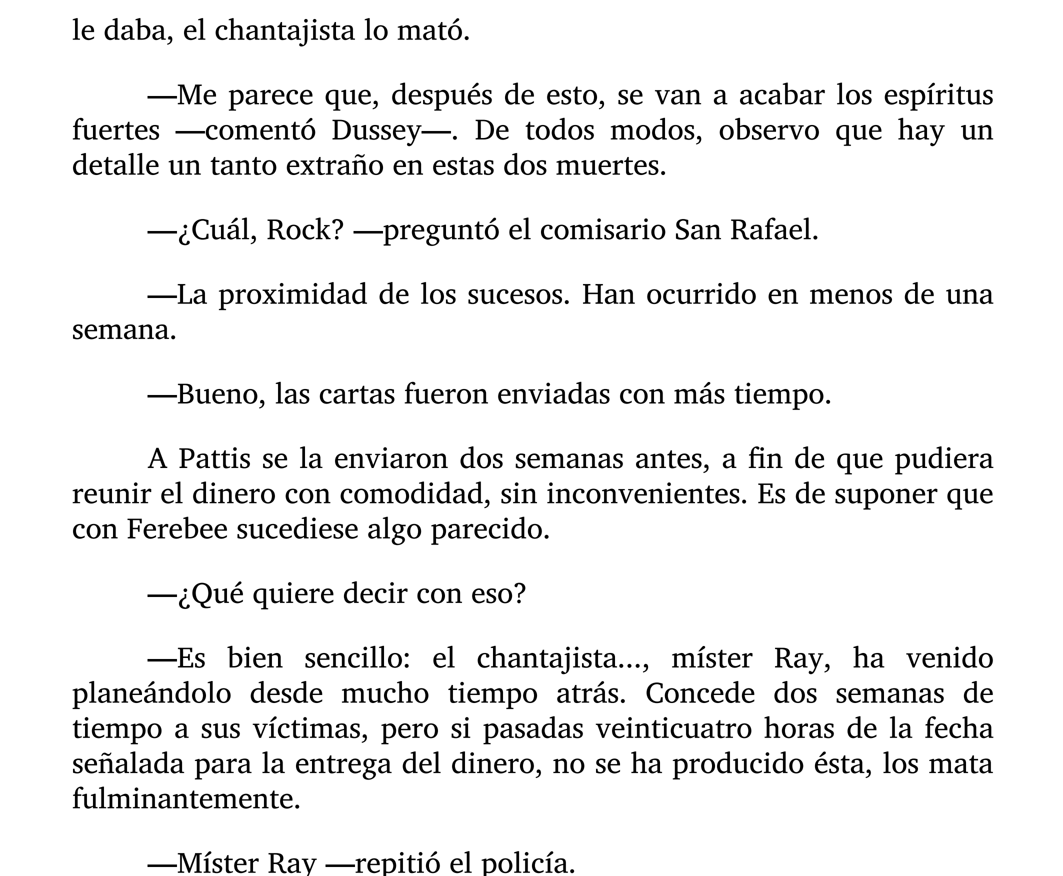
—En cambio, Ferebee debía lanzar el cilindro sobre el Gray Lake —dijo.

—Hubiera flotado —supuso Dussey.

—Indudablemente, pero ¿quién lo hubiera recogido?

—Demasiados enigmas, Genaro. ¿Has podido conseguir la carta que recibió Ferebee?

—No, ni el sobre tampoco. Como Pattis, Ferebee era un espíritu fuerte. Leyó la carta y la hizo trizas, junto con el sobre. Pasada la fecha de entrega del dinero, sin que hubiese cumplido la orden que se



le daba, el chantajista lo mató.

—Me parece que, después de esto, se van a acabar los espíritus fuertes —comentó Dussey—. De todos modos, observo que hay un detalle un tanto extraño en estas dos muertes.

—¿Cuál, Rock? —preguntó el comisario San Rafael.

—La proximidad de los sucesos. Han ocurrido en menos de una semana.

—Bueno, las cartas fueron enviadas con más tiempo.

A Pattis se la enviaron dos semanas antes, a fin de que pudiera reunir el dinero con comodidad, sin inconvenientes. Es de suponer que con Ferebee sucediese algo parecido.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es bien sencillo: el chantajista…, míster Ray, ha venido planeándolo desde mucho tiempo atrás. Concede dos semanas de tiempo a sus víctimas, pero si pasadas veinticuatro horas de la fecha señalada para la entrega del dinero, no se ha producido ésta, los mata fulminantemente.

—Míster Ray —repitió el policía.

—Sí, el señor Rayo —sonrió Dussey—. ¿No te parece un bonito apodo, Genaro?

El zumbador del videófono sonó de pronto. Dussey se levantó y dio el contacto. Un rostro humano apareció en la pantalla.

—Me han informado de que el comisario San Rafael estaría ahí —dijo el hombre—. Soy el doctor Woo.

San Rafael se levantó de un salto.

—Aquí estoy, doctor —exclamó—. ¿Qué noticias puede darme usted sobre la causa de esas muertes?

—La respuesta es muy sencilla y consta de una sola palabra, comisario —respondió el doctor Woo.

—Bien, dígala —pidió San Rafael, impaciente.

—Calor.

—¿Calor?

—Temperaturas elevadísimas, si le gusta más, del orden de diez a quince mil centígrados, comisario. No encontramos otro rastro de las catástrofes, ni sustancias químicas extrañas que pudieran haber provocado esa elevación de temperatura. Calor, simplemente.

—Gracias, doctor.

El policía se volvió desconcertado a su amigo, cuando hubo terminado la comunicación.

—No lo entiendo, Rock —dijo.

Dussey sonrió. Sacó cigarrillos y puso uno en los labios de su asombrado visitante. Luego acercó un fósforo encendido.

—Esto es calor, Genaro —dijo. Encendió el suyo y exhaló una bocanada de humo—. Sólo que míster Ray usa una cerilla de dimensiones inimaginables.

* * *

Poco después de haberse marchado el policía, llamaron a la puerta.

Dussey abrió. Parpadeó, asombrado, al ver a la hermosa muchacha que tenía ante sí.

Era una chica de unos veintidós años, de silueta muy atractiva, pelo corto, color bronce, y ojos intensamente azules. Como muchas de las mujeres en sus condiciones, vestía un traje de una sola pieza, estrechamente ajustado a su figura escultural.

Pendiente del hombro llevaba un bolso de vivos colores.

—Soy Stella Wyle —se presentó.

—Rockland Ferguson Dussey —dijo el dueño del apartamento—. Pase usted, señorita Wyle.

—Gracias.

Stella miró con curiosidad la decoración de la gran sala, de una enorme sencillez, pero con un buen gusto que era innegable. La sala era lo suficientemente grande para contener en el centro una chimenea, cuyo tubo se perdía en el techo. En torno a la chimenea había cuatro divanes, de trazado curvo, los cuales formaban un círculo, con cuatro huecos, para poder pasar y sentarse frente al fuego, cuando se encendía en el invierno. El color de los divanes era rojo oscuro. Al fondo, junto al ventanal, había una mesa de comedor, de cristal muy grueso, con cuatro sillas.

—Una casa muy bonita —alabó Stella.

—Gracias, señorita Wyle —sonrió Dussey—. Pero supongo que no habrá venido para elogiar a mi decorador o para venderme una póliza de seguros o un aspirador.

Stella hizo un gesto negativo.

—No, señor, nada de eso. He venido, sencillamente, para que busque a mi hermano Bertie, desaparecido hace un par de meses —declaró.

CAPITULO III

Dussey se acercó a la consola de los licores, pero Stella adivinó sus intenciones y le dijo que no sentía deseos de beber.

—Si acaso, un poco de agua fresca —solicitó.

—Por supuesto.

Dussey fue a la cocina y volvió con una bandeja, en la que había una jarra, un vaso y una servilleta de hilo.

—Temo que no voy a poder aceptar su proposición, señorita Wyle —dijo.

Stella le dirigió una mirada inquisitiva.

—Conozco lo elevado de sus minutas —manifestó—. Estoy dispuesta a pagarle dos mil neodólares por la investigación... al menos, por un par de semanas de investigación.

—El dinero no... —Dussey contempló el hermoso rostro de la chica y sonrió—. Parece que tiene interés en encontrar a su hermano.

—Sí —admitió ella sin rodeos—. No es sólo ya la razón de parentesco, sino también el interés. Bertie... Bien, se llama Albert, pero siempre le llamamos Bertie. Mi hermano y yo heredamos hace años una propiedad en Long Ridge, un trozo de terreno, para ser más exactos. Nos lo dejó una vieja tía, que nos apreciaba bastante. Está en un lugar muy agradable y ahora tengo una buena oferta de compra. Yo no pienso edificar allí, por lo que acepté de inmediato la proposición. Pero ahora resulta que no puedo vender, sin la firma de mi hermano.

—Oh, comprendo. Es una propiedad mancomunada.

—Fue legada en régimen de proindiviso. Yo estoy segura de que Bertie aceptaría también la propuesta, dado el precio que ofrecen, pero cuando he ido a buscarle, no le he encontrado.

—¿No vivían en la misma casa? —se extrañó Dussey

—No. El encontró un buen empleo y se marchó hará un par de años. Claro que nos escribíamos de vez en cuando y pasábamos las Navidades juntos, con mis padres, pero hace un par de meses dejamos de tener noticias suyas.

—¿Cómo ocurrió?

—Bien, se olvidó de felicitar el cumpleaños a mamá, y nunca lo había hecho. A los pocos días, yo telefoneé a su lugar de trabajo, pero

no me contestó nadie. Fiemos esperado algún tiempo, pero en vista de que no daba señales de vida, decidimos solicitar los servicios de usted. Yo he venido aquí en representación de la familia.

—Comprendo. Esa propiedad de Long Ridge no tiene que ver con otros bienes familiares.

—No, nos pertenece solamente a Bertie y a mí. Pero aún más qué la oferta de compra, me interesa que lo encuentre. Mamá está muy intranquila, compréndalo. Bertie no había hecho jamás nada semejante.

Dussey asintió.

—Bien, estos días ando algo ocupado..., pero haré lo que pueda. Por supuesto, no pasaré minutas de honorarios, hasta haber obtenido un resultado satisfactorio.

—Es decir, hasta que haya encontrado...

—Resultado satisfactorio, en un caso como el presente, significa conocer de una forma inequívoca la suerte que ha corrido la persona a quien se busca.

—Oh, entiendo —dijo Stella—. Pero necesitará algún dinero para los primeros gastos.

—No se preocupe, señorita —sonrió Dussey—. Lo único que necesito es que me diga la ubicación del lugar donde trabajaba su hermano.

—Yo nunca estuve allí, pero Bertie dijo que se llamaba Clear Valley, Broddington Ranch. Es todo lo que »e señor Dussey.

—¿Un rancho? —se extrañó él.

—Hace años, sí, había un criador de caballos, paréis pero luego vendió la propiedad, al cesar en el negocio.

—Eso tiene todo el aspecto de un lugar solitario.

—Pues... yo también lo creo así. Pero tengo entendido que el valle es bastante extenso. Alguna persona habrá en la vecindad que pueda dar informes sobre el particular. Claro que usted dirá que eso lo podría hacer yo también, pero respecto a los siguientes pasos, se necesita a una persona competente, me parece.

Dussey sonrió.

—Gracias por la opinión que tiene de mí, señorita —contestó—. Por favor, ¿quiere darme su dirección?

Dussey tendió a la muchacha una agenda en la que anotaba números de videófonos, junto con un lápiz. Stella escribió rápidamente y luego devolvió lápiz y agenda.

—En casa siempre hay alguien —manifestó—. Papá está retirado y se dedica a cuidar el jardín. A mamá le gusta mucho la pintura.

—Una familia encantadora —comentó Dussey—. Y usted, ¿trabaja en algo?

—Soy escultora —respondió la joven.

—¡Caramba!

Stella se echó a reír al observar el asombro que se reflejaba en el rostro de Dussey.

—Somos una familia de artistas —dijo—. Salvo Bertie, que quiere ser doctor en ciencias físicas. —Tendió su mano al dueño de la casa y se despidió—. Haga algo pronto, señor Dussey.

—Váyase tranquila —contestó él.

«Una chica encantadora», pensó Dussey, al quedarse solo.

Pero luego sus pensamientos volvieron a los dos que habían muerto misteriosamente.

Dos muertes… por calor.

Aquel rayo que había visto, ¿era sólo *calor?*

El videófono sonó de pronto, arrancándole de su abstracción. Se acercó al aparato, tocó la tecla de contacto y dijo su nombre.

—Hola, Rock —saludó la hermosa mujer que había aparecido en la pantalla—. ¿Me recuerdas todavía?

* * *

Dussey fijó la vista en aquella cara, de óvalo perfecto, y tez color canela y pelo intensamente negro. Sí, se acordaba de Hilda; era imposible olvidar el tórrido romance que habían sostenido años antes.

Luego, una futesa cualquiera, un exceso de orgullo... y la ruptura. La separación no se había producido precisamente por el color de la piel.

Aparte de eso, el color canela claro se notaba mucho más en el rostro que en el resto de un cuerpo de diosa, que él conocía perfectamente. Durante un tiempo, Dussey había llegado a creer que Hilda era la mujer de sus sueños, pero luego...

—Bien, ¿no me dices nada? —sonrió ella.

—Francamente, no pensaba...

—Sé sincero, Rock. Di mejor que te habías olvidado de mí por completo.

—Bueno, el trabajo...

—No busques excusas, querido. De todos modos, tampoco te lo reprocho. Yo también tengo un poco de culpa, así que más nos valdrá ser generosos.

«¿Querrá reanudar el romance?», se preguntó Dussey.

—Y bien, ¿qué tienes que decirme, Hilda Stevenson?

—Lo primero que debes saber es que me llamo Hilda Farr.

—Ah, has cambiado de nombre.

—Por matrimonio.

—¡Caramba, no sabía que estuvieses casada!

—Ahora soy viuda, Rock.

—Mi sentido pésame, Hilda.

—Eres un bromista —rió ella—. De todos modos, vayamos al grano. Te necesito, Rock.

—¿No tienes abogado?

—Tengo abogados, pero no sirven para la situación

en que me encuentro. De todos modos, no quiero seguir hablando por videófono. Es mejor que vengas a visitarme.

—Puesto que te casaste y enviudaste, habrás cambiado de domicilio.

—Sí, en efecto —admitió Hilda—. Ahora resido en treinta y seis mil, E.F. ciento veinticinco S. primera.

Dussey se quedó estupefacto.

—Un satélite…

De pronto, Hilda cogió con las manos el videófono y enfocó el objetivo de la cámara hacia una de las ventanas de su residencia. Dussey pudo ver las tinieblas del espacio y, más lejos, una bola azulada que era la Tierra.

—¿Te convences, Rock?

Dussey tragó saliva.

—Aguarda un instante —pidió—. Repite las cifras, voy a anotarlas inmediatamente.

—Con mucho gusto, querido.

Dussey escribió: 36.000, E.F. 125, S, 1.a

—Bien, ya está…, aunque nunca pude imaginarte residiendo en un satélite —dijo.

—De vez en cuando, conviene cambiar un poco de vida —respondió Hilda—. ¿Cuándo vendrás? Me gustaría hablar contigo cuanto antes…

Dussey hizo un rápido cálculo.

—No puedo antes de dos días —contestó—. Aunque si fuese demasiado urgente, iría en el acto.

—Bien, dos días, tengo tiempo. Seguiré aquí, en el satélite, Rock.

—De acuerdo, Hilda.

Dussey cerró el contacto. La conversación había traído a su memoria tiempos pasados, recuerdos sumamente agradables..., aunque también el hecho de la ruptura con Hilda, a causa de algo sin importancia. Pero quizá hubiera sido mejor así, pensó; si ninguno de los dos habían sabido ceder por una futesa, ¿qué habría sucedido si la diferencia hubiera estribado en algo de mayor importancia?

Sacudió la cabeza. Era inútil filosofar sobre algo que ya había pasado. Y, de momento, tenía una tarea que realizar y que no se podía demorar.

* * *

Volando en el nuevo helimóvil, Dussey dio un par de vueltas sobre Braddington Ranch. La casa parecía abandonada por completo, con puertas y postigos herméticamente cerrados. El lugar era sumamente agradable, pero ahora el jardín y los prados contiguos se veían abandonados.

No se advertía el menor signo de vida en Braddington Ranch. Dussey pensó primeramente en entrar en la casa, aun sin permiso de su dueño, pero rectificó en el acto. A cosa de una milla, había visto una granja. Quizá sus ocupantes pudieran darle informes de las personas que habían residido en Braddington Ranch. Los vecinos siempre sabían algo de los vecinos.

Minutos más tarde, tomaba tierra a poca distancia de una casa pintada de blanco. No lejos, en un corral, se movían un centenar de gallinas. Él gallo se movía orgullosamente entre las componentes de su harén. Un perro ladró no lejos de allí.

—Como en los tiempos antiguos —suspiró—. La carne de esas gallinas debe ser deliciosa.

Una mujer salió a la calle, secándose las manos con un delantal. El perro trotó hacia el visitante.

—Hola —dijo Dussey—. ¿Puedo hablar un momento con usted, señora? —Acarició la cabeza del perro, que movía alegremente la cola —. No trato de venderle aspiradores, ni semillas de rosales...

—¿De qué se trata? —preguntó la mujer.

—Mi nombre es Rock Dussey y soy investigador jurado, señora. Deseo información sobre Braddington Ranch.

—Oh —contestó ella—. Yo soy Mary Comstock. Mi marido está fuera; ha salido por asuntos de la granja. ¿Qué desea saber sobre Braddington Ranch?

—Todo lo que sepa, señora.

—Bueno, yo no puedo decirle gran cosa —respondió la señora Comstock—. Los habitantes de esa propiedad eran bastante retraídos. Quizá en la tienda de Jerry O’Hara sepan más, puesto que el ama de llaves iba a comprar provisiones. Cuando el señor Ouesson se estableció allí, en Braddington Ranch, mi esposo, como vecino, fue a saludarle y a ofrecerse, pero el señor Ouesson, aunque se mostró cortés, estuvo también muy frío. No se relacionaban con nadie de este valle, créame.

—Ah, había más gente en Braddington.

—Sí, el señor Ouesson, su ama de llaves y un joven empleado. Pero creo que todos se marcharon hace dos o tres meses. La casa ha sido puesta en venta... Jerry O'Hara es el agente y podrá darle más detalles, señor Dussey.

El joven sonrió.

—Mil gracias, señora Comstock —se despidió.

Acarició de nuevo al perro y volvió al helimóvil.

La tienda de Jerry O’Hara estaba en un lugar encantador, rodeada de olmos y robles y no lejos del arroyo que cruzaba el valle. Delante del edificio había una explanada, destinada al estacionamiento de helimóviles.

Jerry O’Hara era un sujeto de unos cincuenta años, de aire socarrón y sentimientos más bien escépticos. Cuando supo las intenciones del visitante, dijo que tarde o temprano alguien tenía que venir a investigar sobre Braddington Ranch. El momento había llegado, añadió.

—¿Por qué, Jerry? —preguntó Dussey. O’Hara le había dicho que todos le llamaban por el nombre y que él no debía ser ninguna

excepción.

—No sabría definirlo con exactitud —fue la respuesta del comerciante—. El profesor Ouesson era un tipo raro...

—Ha dicho profesor —exclamó Dussey, sorprendido por el tratamiento.

—Bueno, el ama de llaves lo dijo, yo no me lo he inventado. Trabajaba allí en no sé qué experimentos... La señora Rinoldi, así se llamaba el ama de llaves, nunca dijo en qué consistían los trabajos del profesor. Pero a él, puede creerme, no le vi jamás en dos años largos que vivieron en el valle. Al joven ayudante, sí; alguna vez venía aquí a comprar cosas de uso personal... yo vendo de todo, ¿sabe? Era un muchacho encantador, muy amable y simpático, aunque también muy reservado. A Constance Helmson Farm, le gustaba mucho y congeniaban bastante. ¿Por qué no va a visitarla, señor Dussey?

—Si me indica usted la dirección, con mucho gusto, Jerry.

CAPITULO IV

Constance Helmson era una atractiva muchacha de unos veinte años, a quien la vida al aire libre había conferido una apariencia sumamente agradable. Parecía muy triste por la ausencia de Bertie Wyle.

—El dijo que estaba enamorado de mí y que un día vendría a pedir mi mano —declaró la chica—. Yo lo comenté con mis padres; mi

madre, sobre todo, lo había visto en un par de ocasiones y le resultó muy simpático. Lo único que no le gustaba era que trabajase en Braddington Ranch.

—¿Puedo conocer los motivos, señorita Helmson?

—Bien, no sabría definirlos con exactitud... En cierto modo, yo comprendo a mi madre. No sabemos qué clase de experimentos se realizaban en Braddington. Bertie no mencionó jamás el menor detalle sobre el particular. Oh, no es que a mí me importe demasiado; tenía plena confianza en él y sabía que no podía hacer nada malo..., pero mi madre quería saber exactamente en qué trabajaba.

Dussey sonrió.

—Sí, es la eterna cantinela de una madre, cuando a una hija le sale un pretendiente —dijo—. ¿Y no ha vuelto a tener noticias de Bertie?

—No. Habíamos quedado citados un día para ir a merendar a un lugar muy bonito que hay a unos cuatro kilómetros y no acudió. Llamé a Braddington, pero ya no contestaba nadie. Pensé que habrían tenido que salir por algo urgente, pero cuando a los dos o tres días no recibí ninguna llamada de Bertie, fui allí y encontré la casa completamente cerrada. Luego, Jerry O'Hara me dijo que el profesor Ouesson la había puesto en venta. Eso es todo lo que puedo decirle.

—De modo que en Braddington sólo vivían tres personas: Ouesson, Bertie y el ama de llaves.

—Sí, la señora Rinoldi, algo mayor, pero muy guapa. Para mí..., oh, no es que me importe demasiado... Yo creo que ella y el profesor eran amantes.

—Suele suceder en ocasiones —dijo—. ¿Conoció personalmente al profesor?

—Sólo le vi una vez. Era un hombre gigantesco, de pelo rojo como el fuego y barba de collar, una cosa que ya no se lleva. En cuanto a la edad, bien, lo mismo podía tener cuarenta que cincuenta años, pero me dio la impresión de que, pese a ello, tenía la fuerza de un toro.

—Está bien, muchas gracias, señorita Helmson. En cuanto tenga noticias de Bertie, la llamaré.

—Se lo agradeceré infinito. Creo que Bertie era el hombre que me convenía —dijo Constance con triste sonrisa.

Dussey volvió al helimóvil y lo hizo despegar, dirigiéndose de nuevo a Braddington Ranch. Jerry le había dejado la llave, de modo que ya no tendría problemas si alguien le sorprendía en el interior de la vivienda.

Minutos después, el aparato tomaba tierra nuevamente. Dussey se apeó.

En el mismo instante, la atmósfera se hizo resplandeciente, con un fulgor que dañaba cruelmente las retinas. Dussey notó una onda de intolerable calor.

En menos de cinco segundos, Braddington Ranch se convirtió en cenizas. Dussey intuyó el peligro y, medio cegado, tropezando con los obstáculos del suelo, atravesando los matorrales sin miedo a rasgarse las ropas, huyó de aquel lugar.

Apenas se había separado cien pasos de su helimóvil, un segundo rayo surgió de la nada y desintegró totalmente el aparato.

—Míster Ray sigue haciendo de las suyas —dijo Dussey horas más tarde, ya de regreso en la ciudad.

—He visto el noticiario en la televisión —contestó el comisario San Rafael—. Si esto sigue así, no vas a ganar para helimóviles.

—Bueno, hay algo que se llama compañía de seguros..., aunque, en el próximo, me van a cobrar una prima enorme... Genaro, ¿qué diablos está pasando aquí?

El comisario San Rafael poseía un acusado sentido del humor.

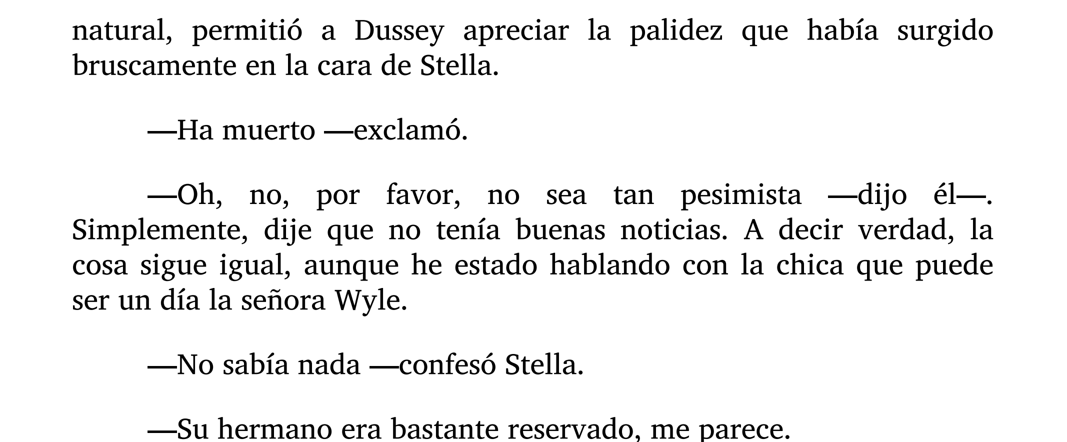
—¡Vaya, qué casualidad! —exclamó—. Yo iba a hacerte la misma pregunta, Rock. Pero al grano, ¿qué has averiguado?

Dussey relató a su amigo cuanto sabía. San Rafael le prometió investigar sobre la vida y milagros del profesor Ouesson.

Al terminar, Dussey buscó la agenda y marcó una cifra. El rostro de Stella apareció a los pocos segundos en la pantalla.

—Tengo noticias para usted, aunque no son muy buenas —dijo.

La pantalla del videófono, que recibía en un color absolutamente



natural, permitió a Dussey apreciar la palidez que había surgido bruscamente en la cara de Stella.

—Ha muerto —exclamó.

—Oh, no, por favor, no sea tan pesimista —dijo él—. Simplemente, dije que no tenía buenas noticias. A decir verdad, la cosa sigue igual, aunque he estado hablando con la chica que puede ser un día la señora Wyle.

—No sabía nada —confesó Stella.

—Su hermano era bastante reservado, me parece.

—Sí, siempre lo fue, en algunos aspectos personales. Pero también era cariñoso con nosotros… Estamos muy preocupados, créame; por nada del mundo hubiera omitido Bertie felicitar a su madre en el día de su cumpleaños.

—Ese es un dato interesante —convino él.

—Hace cuatro años, pasó una temporada en un observatorio especial, satelitario de Júpiter. Los mensajes personales costaban una fortuna, pero él envió un espaciograma de felicitación para papá. ¿Lo entiende ahora?

—Perfectamente, señorita. Pero ahora debe decirme algo que no mencionó el primer día en que nos vimos.

—¿Sí?

—¿Qué era su hermano?

—Oh, tiene razón…, aunque me parece que ya se lo dije. Bertie tenía el diploma de licenciado en ciencias físicas, pero aspiraba al doctorado.

—Comprendo.

—Un día vino a casa y dijo que había conseguido un empleo, que le permitiría trabajar y estudiar a un tiempo, con lo que así no tendría que depender de nadie.

—Naturalmente, mencionó al profesor Ouesson.

—Bien, no lo recuerdo exactamente, aunque tal vez pudo mencionarlo. Lo único seguro es que citó Braddington Ranch.

—Está bien, muchas gracias, señorita Wyle.

Después de hablar con Stella, Dussey reflexionó durante algunos minutos. Luego hizo una llamada. Era preciso preparar el viaje al satélite de Hilda Farr.

* * *

El radar del cohete recibió las señales del satélite Los chorros de freno entraron automáticamente en funcionamiento. Las señales guiaron al cohete hasta la compuerta de acceso, con absoluta seguridad. Momentos después, el vehículo espacial se detenía en el interior de un vasto hangar, cuya compuerta se cerró automáticamente.

Frente a Dussey, había una gran lámpara roja. El color escarlata fue perdiendo tonalidad gradualmente y se convirtió en verde. Entonces, Dussey supo que había atmósfera respirable en el interior del hangar y levantó la cúpula de la cabina.

Luego se puso en pie y tomó impulso.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

Dussey rodó sobre el suelo del hangar y quedó en una posición un tanto ridícula. Hilda Farr soltó una alegre carcajada.

—Había olvidado decirte que dispongo de gravedad artificial —exclamó.

Dussey se puso en pie. Por fortuna, la caída se había producido desde escasa altura, aunque él había tomado el mismo impulso que se necesitaba en un ambiente sin gravedad. Hilda Farr estaba en el umbral de una puertecita lateral, contemplándole con ojos maliciosos.

—¿Te has hecho daño?

—No te preocupes; estoy acostumbrado a caer de pie, como los gatos.

Dussey se acercó a la mujer y la besó cálidamente en una de sus aterciopeladas mejillas.

—Estás guapísima —dijo.

—Algunos dicen que la viudez me sienta estupendamente —rió Hilda—. Ven, por favor.

Ella le cogió de la mano y le hizo subir una escalera de unos quince peldaños. Al llegar arriba, Dussey se detuvo, estupefacto ante el panorama que se ofrecía a su vista.

Estaba a treinta y seis mil kilómetros de la Tierra y, sin embargo, se hallaba a la entrada de un parque que no medía menos de trescientos metros de largo por trescientos de anchura. En uno de los extremos se divisaba una cascada de unos cuatro o cinco metros de altura, que caía sobre un amplio estanque, entre rocas, desaguando después por un arroyo, que serpenteaba entre los árboles, hasta perderse en un sumidero que se hallaba en el extremo opuesto.

—Increíble —dijo.

—Jonathan T. Farr era un hombre riquísimo —contestó Hilda.

Russey se estremeció al pensar en las sumas inmensas que había costado la construcción del satélite. Era como si hubiesen arrancado un pedazo de la Tierra, en una zona muy fértil, y lo hubieran proyectado al espacio, protegiéndolo con una cúpula transparente, que tenía una altura de unos cien metros.

—El agua es siempre la misma —dijo Hilda—. Una bomba...

—Sí, me imagino cómo funciona —exclamó él—. Un circuito sin fin; el arroyo desagua por un sumidero y una bomba hace subir el agua al punto más alto. Pero esto se podría conseguir también en la Tierra y a un precio muy inferior.

—El difunto Farr era un tipo caprichoso. Quería siempre lo mejor.

Dussey contempló críticamente a la hermosa mujer que tenía ante sí.

—No me cabe la menor duda. Cuando se casó, eligió «lo mejor».

Hilda se ruborizó ligeramente y agarró el brazo del joven.

—Vamos, cerca del estanque hay una mesa con bebidas —dijo.

—Aquí no estarás sola, supongo.

—Oh, claro, tengo mayordomo, ama de llaves, cocinera, doncella y jardinero. Pero son discretos y no nos interrumpirán.

Dussey vio una casa entre los árboles. Por un sendero de losas, entre las que crecía el césped, llegaron a la pequeña explanada situada junto al estanque. Junto a un gran velador de cristal, había una mesita con servicio de licores.

La cascada parecía auténtica. Dada la temperatura, Dussey sintió deseos de zambullirse en el agua.

—¿Quieres nadar un rato? —adivinó Hilda.

—Luego. Primero hemos de hablar de tu problema.

—De acuerdo.

Hilda tomó un papel que había sobre la mesa, sujeto por un pesado cenicero de cristal.

—Lee mientras te sirvo un refresco —indicó.

* * *

—Por fin hay una carta que no ha sido destruida —dijo Dussey, minutos más tarde.

Hilda se había sentado frente a él y tenía las piernas cruzadas.

—¿Qué opinas tú? —preguntó.

—Antes de responder, quiero que me digas una cosa. ¿Estás al corriente de lo que sucede en la Tierra?

—Hasta cierto punto. No recibo periódicos impresos, si es a eso a lo que te refieres. En cuanto a los diarios televisados, ni los miro.

—Entonces, ¿vegetas?

Hilda se echó a reír.

—Oh, no, en absoluto. Algunas veces veo un programa interesante..., pero tú ya sabes cuál era mi pretensión cuando nos

conocimos.

—Sí. ¿Has conseguido algo?

—Estoy terminando el original. Creo que será algo digno de leerse.

—La idea era buena, pero… tantos años para acabar el libro.

—Bueno, Farr se cruzó en mi camino y he tenido el borrador cinco años en un cajón. Ahora, hace algunos meses, reanudé la tarea. Aquí me encuentro muy a gusto, sin nadie que me moleste… En fin, tú ya puedes imaginarte que a un escritor le conviene la soledad.

—Con cinco o seis personas en la servidumbre…

—No son los amigos que vienen a cada momento a molestarte o pedirte favores —replicó Hilda—. Rock, Farr me dejó una fortuna inmensa. Tú no puedes imaginarte la cantidad de moscones que revoloteaban a mi alrededor, hasta que decidí retirarme al satélite.

—Pueden venir aquí…

—Pero no les abro la compuerta.

—Sí, es un buen sistema de espantar moscones —reconoció él—. De todos modos, volvamos a la carta, Hilda.

—¡Son dos millones, Rock!

—Lo sé. Hasta ahora míster Ray sólo había pedido un millón.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Quieres decir que ya se han dado otros casos? —exclamó.

—Dos y ambos con resultados fatales.

Hilda agarró el vaso y tomó un trago precipitadamente.

—No me asustes, Rock —pidió.

—Estoy hablándote con absoluta sinceridad —respondió él—. Richard Pattis y Henry Honroe Ferebee recibieron cartas idénticas a la que tú has recibido, aunque sólo se les pedía un millón. Como se negaron a pagar, fueron asesinados.

CAPITULO V

Sobrevino una larga pausa de silencio. Hilda se puso un cigarrillo en los labios. Dussey le acercó un encendedor.

Ella exhaló el humo. Luego dijo:

—Sospecho que vas a aconsejarme que pague.

—Sí.

—Dos millones —se estremeció Hilda.

—¿Vale más tu vida?

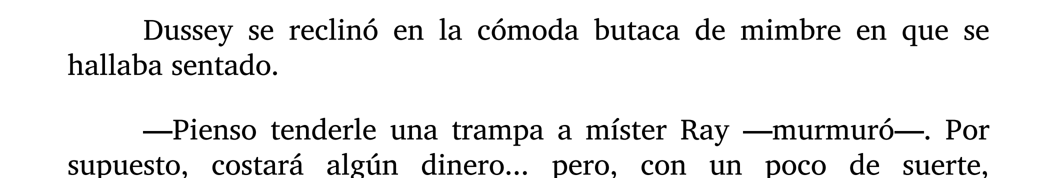
—Cielos, no..., pero pensar que haya un asesino suelto, que quiera hacerse rico por este procedimiento...

—Dejemos esto por ahora —dijo Dussey—. ¿Has recibido el cilindro en donde debe ponerse el dinero?

—Sí, lo guardo...

—Más tarde me lo darás. Debes autorizarme a que tu banco me entregue los dos mil billetes de a mil. También tendrás que extenderme un cheque para los gastos.

—Lo que quieras, Rock.



Dussey se reclinó en la cómoda butaca de mimbre en que se hallaba sentado.

—Pienso tenderle una trampa a míster Ray —murmuró—. Por supuesto, costará algún dinero... pero, con un poco de suerte, recuperaremos el dinero y a él le pondremos fuera de la circulación.

—Rock, si eso que dices sale bien, ¿para qué necesitas el dinero auténtico? —se extrañó Hilda.

—Buena pregunta —sonrió Dussey—. Querida, tengo la sospecha de que míster Ray vigila todos mis pasos. Ya te he contado lo que me sucedió.

—Sí, es cierto.

—Por tanto, si yo no recibo de tu banco los dos mil billetes, él puede recelar de la trampa y entonces ejecutar la amenaza.

Hilda sintió un escalofrío.

—Oh, no, no... Dale el dinero y que le haga buen provecho...

—Es que, si cedes una vez, puedes verte obligada a ceder en más ocasiones. Tú no tienes nada vergonzoso que ocultar, pero tu vida es el precio de ese chantaje, ¿comprendes?

—Sí, desde luego.

—Bien, debo estudiar la trampa, a fin de que resulte definitivamente. Ahora me darás todos los documentos y el cilindro de metal...

Hilda sonrió de un modo extraño.

—Hace media hora escasa que has llegado... ¿y ya quieres marcharte?

Dussey contempló durante unos segundos a la hermosa mujer que tenía ante sí. Hilda vestía una blusa corta, anudada bajo el seno de rotundas curvas, y pantalones muy cortos. Sus ojos verdosos despedían un resplandor magnético.

—Debes entregar los dos millones el día veinticuatro —dijo él, tras una pausa.

—Estamos a catorce. Quedan diez días, Rock.

—Sí, sobra algo de tiempo.

Dussey se puso en pie. Alargó una mano, asió la de Hilda y tiró de ella suavemente.

Las dos bocas se confundieron en un ávido beso. Luego, ella, mientras le acariciaba los cabellos, murmuró:

—¿Me has echado de menos, querido?

—Luego te lo diré sin palabras —contestó él, con los labios pegados a la oreja izquierda de la joven.

A la noche, el mayordomo, impecable, sirvió la cena en las inmediaciones del estanque. Dos grandes farolas, situadas estratégicamente, proporcionaban una discreta luz al lugar.

La Tierra, vista desde el jardín, ofrecía un aspecto fantástico, con la mitad del disco en la sombra. En la parte oscura, se veía el resplandor de las grandes ciudades. En el océano Atlántico, casi todo en sombras, se divisaba el reflejo de la luna.

Fue una cena sumamente agradable. Dussey había realizado sus deseos, nadando largo rato en el estanque. Ahora, vestido de nuevo, estaba sentado frente a la joven.

De pronto, el mayordomo vino con un videófono en las manos.

—Una llamada urgente para la señora —anunció.

Hilda se sintió extrañada.

—No esperaba llamadas ahora, Robert —dijo.

—Perdone la señora. Dijeron que era urgentísimo —contestó el mayordomo.

—Está bien, gracias, Robert.

El mayordomo se retiró. Dussey frunció el ceño al darse cuenta de que la pantalla del videófono permanecía en blanco.

De pronto, una voz bronca surgió del aparato:

—Señora Farr, sabemos que Rock Dussey está ahí, con usted. Si la presencia de ese hombre, significa que está tratando de eludir el cumplimiento de la orden que le hemos dado, sepa que no lo

toleramos. El día veinticuatro deberá pagar los dos millones, entregándolos en la forma señalada, o morirá.

Hilda lanzó un gritito de sorpresa. Helada de espanto, no sabía qué hacer.

Pero Dussey reaccionó en el acto:

—Míster Ray, es cierto que la señora Farr me ha llamado, pero sólo para pedirme consejo, como buen amigo qué soy de ella —manifestó—. Le he recomendado que pague y, es más, yo mismo en persona me encargaré de llevar el dinero al lugar indicado. ¿Está claro?

Hubo un corto espacio de silencio, Dussey se percató de que el desconocido se sentía muy sorprendido por aquella inesperada respuesta.

—Muy bien —dijo míster Ray al cabo—. Si la señora Farr paga, no importa quién lleve el dinero, su vida está segura. ¡Adiós!

La pantalla se apagó. Dussey dio un golpe a la tecla con la yema del índice.

—Pero... esto es horrible... —exclamó Hilda—. Ese hombre sabe que estás aquí...

—Por todo lo cual, conviene llevar el dinero. Pero una cosa es que lo lleve y otra que lo entregue.

—¿Qué quieres decir, Rock?

Dussey sonrió.

—¿Por qué no seguimos cenando? —propuso.

Hilda empezaba a recuperarse y sonrió también.

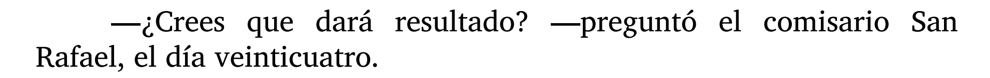
—Antes dijiste algo que me gustó mucho —le recordó.

—¿Sí?

—Dijiste que me ibas a demostrar cuánto me habías echado de menos. Sin palabras, Rock.

—Puedes estar segura de que no emplearé palabras —contestó él maliciosamente.

* * *



—¿Crees que dará resultado? —preguntó el comisario San Rafael, el día veinticuatro.

—Eso espero —respondió Dussey, mientras introducía los billetes en el cilindro de metal—. ¿Qué han dicho los expertos?

—Aún nada. El metal es análogo al que encontramos en casa de Ann Rhoddell. Una aleación especial... Pero este cilindro es absolutamente idéntico al que nos entregaste.

—Espero que míster Ray no advierta la diferencia. Claro que la vista de estos billetes, si lo consigue, le hará olvidar todo.

San Rafael se estremeció.

—Dos millones de neodólares —dijo—. El sueldo de veinte comisarios durante todas sus vidas.

Dussey se echó a reír.

—Genaro, tú no has estado en el satélite de Hilda —exclamó—. De lo contrario, sabrías verdaderamente qué es derrochar billetes.

—Sí, Farr era enormemente rico. Pero ¿de qué le sirvió el dinero?

—Entre otras cosas, para tener una esposa muy guapa.

—Por eso murió tan pronto —rió el policía—. Hombre rico, pero viejo, y mujer joven y guapa... —tosió un poco—. Bueno, será mejor que dejemos de comentar este asunto. ¿Estás listo?

—Yo, sí. ¿Y tú?

—Tengo varias unidades dispuestas en torno al lugar de lanzamiento. Alguien se presentará a hacerse cargo del dinero y le echaremos el guante antes de que pueda escapar.

—Muy bien, entonces, vámonos.

Subieron a la azotea. El lugar designado por míster Ray se

hallaba a unos ciento ochenta kilómetros de la ciudad, distancia que podía ser cubierta en menos de una hora. Dussey colocó el cilindro en el interior del helimóvil. A los pocos segundos, el aparato se puso en movimiento.

Sesenta minutos después, el cilindro salió despedido del helimóvil, cayendo hacia un pequeño valle, abundante en vegetación. Apenas diez segundos más tarde, un dardo de luz bajó de las alturas y convirtió en cenizas al helimóvil.

* * *

—Tú tenías razón, Rock; míster Ray no es persona en la que se pueda confiar.

Los dos hombres viajaban en el helimóvil del comisario, que había volado todo el rato a ras del suelo y a unos trescientos metros de distancia del que le precedía, movido por control remoto. Una vez que Dussey vio el incendio del aparato, empezó a pensar que míster Ray tenía un perfecto sistema de información.

San Rafael hizo una llamada por la onda especial de la policía, absolutamente ininterferible:

—Plumón Blanco a Plumón Rojo. ¿Han localizado el punto de caída?

—Sí, señor. Está a unos cien metros al sur de una cabaña de recreo. Tenemos el Objeto situado en la pantalla del detector.

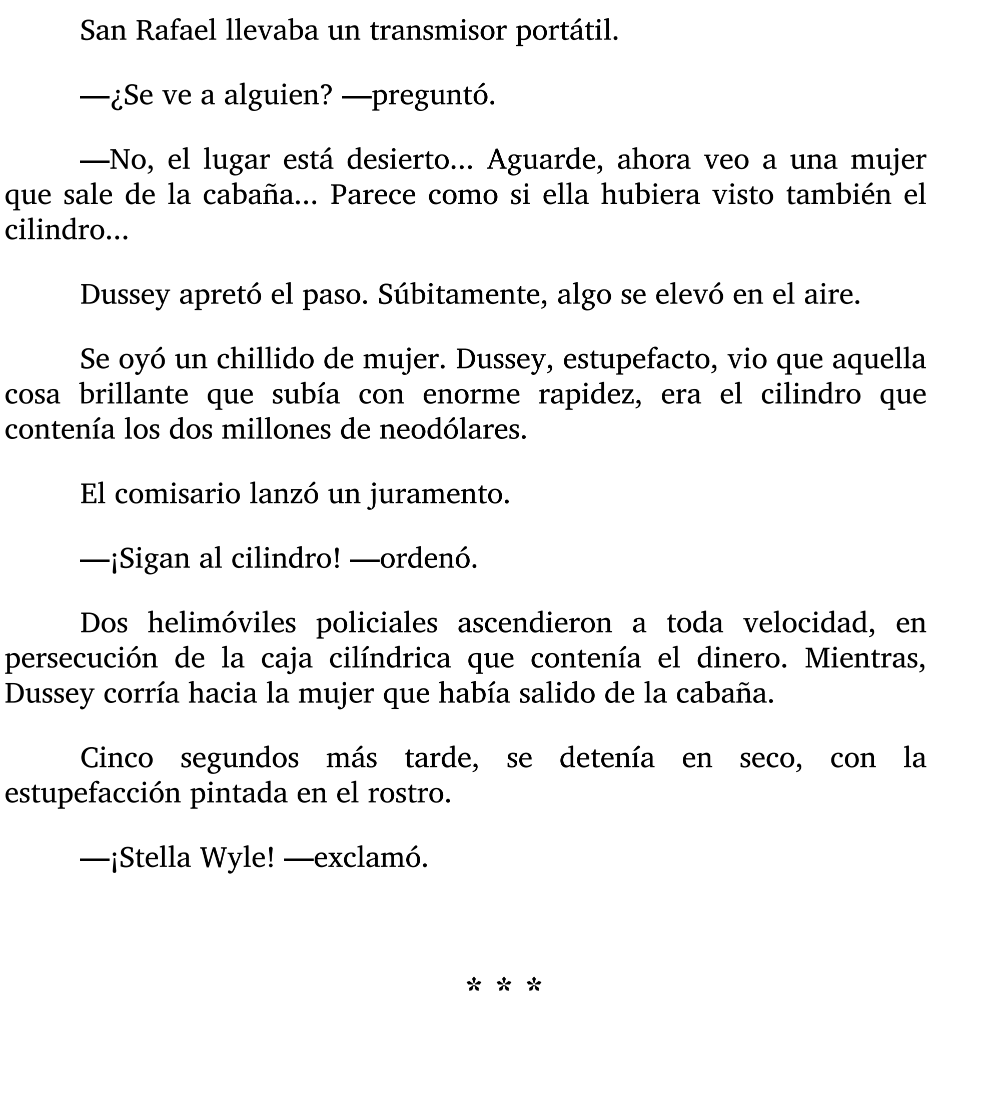
—Perfectamente, no lo pierdan de vista.

El policía se volvió inmediatamente hacia su amigo.

—Será mejor que sigamos a pie —propuso.

—De acuerdo.

Los dos hombres saltaron al suelo segundos más tarde. Procurando ocultarse bajo los árboles, avanzaron por la pendiente que conducía al valle.



San Rafael llevaba un transmisor portátil.

—¿Se ve a alguien? —preguntó.

—No, el lugar está desierto... Aguarde, ahora veo a una mujer que sale de la cabaña... Parece como si ella hubiera visto también el cilindro...

Dussey apretó el paso. Súbitamente, algo se elevó en el aire.

Se oyó un chillido de mujer. Dussey, estupefacto, vio que aquella cosa brillante que subía con enorme rapidez, era el cilindro que contenía los dos millones de neodólares.

El comisario lanzó un juramento.

—¡Sigan al cilindro! —ordenó.

Dos helimóviles policiales ascendieron a toda velocidad, en persecución de la caja cilíndrica que contenía el dinero. Mientras, Dussey corría hacia la mujer que había salido de la cabaña.

Cinco segundos más tarde, se detenía en seco, con la estupefacción pintada en el rostro.

—¡Stella Wyle! —exclamó.

* * *

La muchacha no se sentía menos asombrada.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

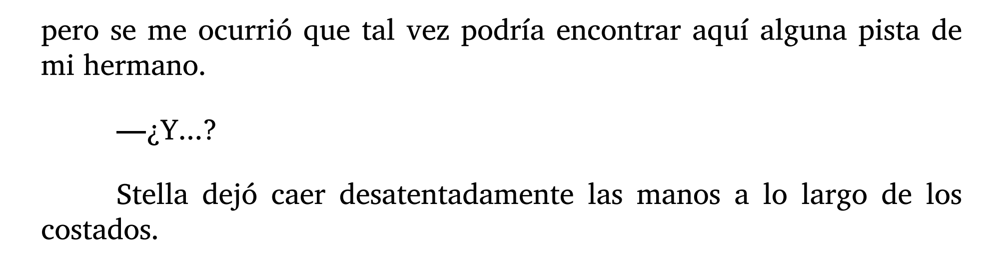
—Estoy... Oiga, ¿por qué no me explica los motivos de su presencia aquí?

Stella movió el brazo, señalando hacia la cabaña.

—Pertenece a la familia Wyle —dijo.

—¡Diablos! —exclamó Dussey.

—No lo sabía, ¿verdad? Bueno, no lo mencioné en mi entrevista,



pero se me ocurrió que tal vez podría encontrar aquí alguna pista de mi hermano.

—¿Y…?

Stella dejó caer desatentadamente las manos a lo largo de los costados.

—Nada —respondió lacónicamente.

El comisario San Rafael descendía por la pendiente a todo correr.

—¡El dinero se ha perdido! —gritó.

Dussey respingó.

—Pero ¿cómo…?

—Eso es lo que a mí también me gustaría saber —respondió el policía—. Mis hombres siguieron al cilindro, pero éste adquirió una increíble velocidad y tuvieron que desistir de la persecución. Simplemente, se ha perdido en el espacio.

Dussey se pasó una mano por la cara.

—Pobre Hilda —dijo.

San Rafael miró a la muchacha.

—¿Quién es, Rock? —inquirió.

—Stella Wyle, comisario San Rafael —presentó Dussey—. Es hermana de Albert Wyle, ayudante del profesor Ouesson.

—Oh, entiendo. Pero ¿qué hace ella aquí?

—La cabaña pertenece a la familia. Vino a ver si encontraba algún rastro de su hermano.

—No he hallado ninguna pista, comisario —declaró Stella—. Yo estaba adentro, cuando percibí un fuerte resplandor. Luego vi algo que brillaba en el suelo y corrí…, pero ese objeto se elevó de una forma tan extraña… Por cierto, ¿quieren tomar café?

—Sí, será mejor —dijo Dussey cansadamente.

El comisario ordenó a sus hombres que se retirasen. Luego siguió a la pareja.

Stella sirvió el café.

—Me siento deprimida —dijo—. Tengo la impresión de que mi hermano está mezclado en este horrible asunto.

—Sí, pero ¿dónde se encuentra ahora? —rezongó Dussey, quien, en el fondo, pensaba igual que la muchacha.

—Dos millones evaporados —clamó el policía—. ¿Con qué cara me presento yo a mis superiores?

—Eso no es nada comparado con lo que tendré que aguantar yo cuando me enfrente con Hilda Farr —dijo Dussey sombríamente.

—Pero ¿había dos millones en el cilindro? —se asombró la muchacha.

Dussey asintió en silencio.

—Bien, lo que no entiendo es por qué no pusieron recortes de papel en lugar de billetes auténticos —dijo Stella.

—Míster Ray tiene un buen servicio de información. No me pregunte ni quién o quiénes son sus espías, porque lo ignoro, pero decidí poner dinero legítimo en el cilindro, a fin de evitar dificultades. Quiero decir que confiábamos en atrapar al mensajero, cuando viniese a buscar los dos millones, pero ¿cómo íbamos a imaginar que el cilindro saliera volando por los aires?

—El helimóvil fue destruido…

—Había un muñeco, que imitaba mi figura, pero el aparato estaba controlado por radio. Míster Ray debió de pensar que no quería más molestias y, en consecuencia, destruyó el helimóvil.

—¿Cómo, señor Dussey?

El joven se encogió de hombros.

—Para mí es un completo enigma —respondió. Luego miró a la muchacha—. ¿Puedo utilizar su videófono?

—Sí, claro, allí lo tiene —señaló Stella con la mano.

Dussey dejó a un lado la taza y cruzó la sala. Marcó una serie de cifras y números y esperó unos instantes, hasta que las centrales automáticas hubieron realizado la conexión a través de miles de kilómetros de distancia.

El rostro de Robert, el mayordomo de Hilda, apareció a los pocos momentos en la pantalla.

—¿Señor?

—Por favor, avise a la señora —dijo Dussey—. Es muy urgente.

Hilda se hizo visible instantes más tarde.

—¡Rock! —exclamó.

—Escucha, Hilda, tengo algo desagradable que decirte...

—Olvida eso ahora, sea lo que fuere. Toma un cohete y ven cuanto antes. Precisamente, yo iba a llamarte ahora mismo.

—¿Sucede algo, Hilda?

—Lo siento, pero no puedo ser más explícita por el momento. Ven, rápido, Rock.

La comunicación se cortó. Dussey miró desconcertado a su alrededor.

—Esta mujer se cree que los cohetes se consiguen con sólo chasquear los dedos —exclamó, muy irritado.

Stella sonrió divertida.

—Pues si piensa así, tiene toda la razón, porque yo dispongo de uno, listo para despegar en cualquier momento —declaró sorprendentemente.

CAPITULO VI

—No comprendo de dónde ha sacado usted ese cohete —dijo Dussey, cuando ya se encontraban en el espacio.

—Oh, la explicación es bien sencilla. Pertenecía, pertenece a mi hermano. Lo compró de segunda mano hace algunos años, cuando tuvo que realizar algunas investigaciones sobre temas de su especialidad, en el vacío espacial. Prácticamente, agotó todos sus recursos, por lo que tuvo que pedirme que fuese su ayudante —explicó Stella—. Pero si quiere que le diga la verdad, yo no hacía más que anotar lo que él me dictaba. Sinceramente, la física, para mí, todo lo que pase del calor o del frío, es absolutamente ininteligible.

Dussey sonrió.

—Bien, al menos tenemos un cohete y usted lo maneja muy bien —dijo—. ¿De... segunda mano?

—Pero totalmente confiable, sometido a revisión en el momento indicado —contestó Stella—. Aunque Bertie ya no estaba en casa, yo sabía que podía necesitarlo en cualquier momento. Además, de vez en cuando, hacía alguna excursión por el espacio. Resulta hermoso, ¿no le parece?

—Sí, aunque, de todos modos, me encuentro mucho más a gusto cuando tengo los pies apoyados en suelo firme.

El cohete volaba siguiendo el rumbo programado que le llevaría al satélite de Hilda. Poco después, apareció la primera señal en la pantalla.

—Ya estamos llegando —anunció la chica.

—Si no le importa, yo me haré cargo de los mandos, señorita Wyle.

—De acuerdo, pero llámeme Stella.

—Muy bien.

La imagen del satélite se agrandó paulatinamente. Corrigiendo la trayectoria con leves toques a los mandos, Dussey dirigió el morro del cohete hacia la compuerta del hangar utilizado en la ocasión anterior.

—Bien, ahora entraremos y...

—Entrar, ¿cómo, Rock? —preguntó ella.

—Por ahí. Esa es la compuerta del hangar estanco.

—Pero está cerrada.

—Ya se abrirá, no sea impaciente.

—Rock, por lo que yo sé, debería estar abierta. Nos encontramos a menos de cien metros de distancia. Frene o nos romperemos las narices.

Un tanto intrigado, Dussey redujo la velocidad a cero. El hangar se hallaba en la parte inferior del satélite, del cual, dada la trayectoria, apenas si podían ver un pequeño fragmento de la cúpula, ya que quedaban en un nivel muy bajo con respecto al suelo habitable.

—Debe haber células que registren señales luminosas de llamada —supuso Stella—, Al menos, yo he oído algo al respecto...

—Sí, es cierto.

Dussey hizo destellar una lámpara varias veces, pero la compuerta permaneció obstinadamente cerrada.

—Use la radio —aconsejó ella.

El joven hizo una llamada al satélite. Nadie le contestó.

—Es extraño. ¿No se habrán marchado? —sugirió la chica.

Dussey empezó a sentir una vaga alarma.

—Ella tiene que estar aquí —exclamó—. Lo mejor será que demos una vuelta completa en torno al satélite. Quizá tienen alguna avería en el sistema de comunicaciones.

Dussey retrocedió unos cuantos metros y luego hizo que el aparato ascendiese con gran lentitud. La cúpula del satélite quedó

completamente visible segundos más tarde.

La compuerta de acceso se hallaba en uno de los extremos del eje longitudinal. Al ganar altura con relación al satélite, Dussey pudo apreciar que se hallaban al otro lado de la cascada.

—Vamos a contornear —murmuró.

Muy despacio, el cohete se movió a unos veinte metros de distancia y a diez sobre el nivel del suelo interior. De repente, Stella lanzó un agudo grito:

—¡Allí, Rock!

Dussey siguió con la vista la dirección indicada por la muchacha. El corazón saltó bruscamente en su pecho.

En las inmediaciones del estanque, se veía un cuerpo tendido de bruces. A Dussey le pareció que era Hilda, aunque dada la distancia, no podía asegurarlo de un modo rotundo. Súbitamente, advirtió algo que le puso los pelos de punta.

El agua del estanque estaba helada.

Casi en el mismo momento, la mano de Stella se crispó en torno a su brazo.

—Mire, Rock —dijo en voz baja—. Mire ese boquete.

Ahora podían divisarlo con toda claridad. A unos veinte metros de altura sobre el punto donde nacía la cascada artificial, se divisaba un agujero redondo, de más de un metro de diámetro, por el que, ya no cabía la menor duda, se había escapado todo el aire a presión contenido bajo la cúpula transparente.

* * *

Durante un largo minuto, Dussey permaneció en silencio, como si se negase a creer en la catástrofe que tenía ante su vista. Stella, llena de horror, se había tapado la cara con las manos.

Dussey hizo un esfuerzo al fin y reaccionó.

—Stella.

—Sí, Rock...

—Todo cohete espacial debe llevar algún traje de vacío, para casos de emergencia.

Ella asintió.

—Hay dos en el compartimiento posterior —informó tranquilamente.

—Muy bien.

Dussey maniobró de modo que la proa del cohete quedase orientada justamente hacia la compuerta de emergencia del satélite. Todos los satélites disponían de una compuerta semejante, a fin de permitir que sus ocupantes o los técnicos llamados para caso de una avería, pudieran entrar o salir al exterior, sin necesidad de utilizar el hangar donde se albergaban los cohetes.

Cuando el cohete quedó en posición adecuada, disparó un cable de anclaje, con arpeo electromagnético. Ya no había miedo de que el cohete se alejase a causa de algún movimiento inesperado y los dejase abandonados en el espacio.

A continuación, Dussey fue hacia el compartimiento posterior. Stella le siguió en el acto.

—¿Adónde va usted? —preguntó él.

—Hay dos trajes espaciales —contestó Stella, mirándole de frente.

Dussey comprendió el significado de aquella respuesta y asintió.

—Está bien.

Minutos más tarde, cada uno de los dos comprobaba el traje del otro. Cuando estuvieron listos, Dussey hizo que las bombas interiores aspirasen la atmósfera del cohete, ya que era preciso salir al espacio por la misma cabina.

Los trajes espaciales disponían de pequeños propulsores, para cortas distancias. Merced a ellos, pudieron alcanzar sin dificultad la compuerta externa de la esclusa. Momentos más tarde, ponían pie en el interior del satélite.

La maquinaria funcionaba todavía o no había gravedad artificial, pensó Dussey, mientras se acercaban a la casa. De pronto, Stella lanzó un grito de horror.

Robert, el mayordomo, yacía en el suelo, con una horrible expresión en su cara, muerto en pocos segundos a causa de la espantosa descompresión sufrida al escaparse el aire del interior del satélite. Dussey agarró el brazo de la muchacha y la hizo seguir el camino que conducía a la cascada.

Sí, aquel cuerpo era el de Hilda. Ella había caído de bruces. La atmósfera contenida en la cúpula debía de haberse escapado al vacío en menos de un minuto.

Dussey no quiso dar la vuelta al cuerpo de una mujer a la que, en cierto modo, había llegado a amar. Le daba miedo verle la cara.

De pronto, reparó en un extraño detalle.

Hilda tenía el brazo derecho extendido. Había un trozo arenoso en aquel punto, sin duda para mayor contraste con la hierba. Sobre la arena, nítidamente trazada, se veía una flecha.

Dussey se arrodilló. Stella, ya habituada a lo que sucedería, se inclinó, apoyando las manos en las rodillas.

—¿Qué significa esa flecha, Rock? —preguntó.

Dussey meditó unos instantes.

—No cabe duda de que Hilda vio algo antes de morir. Cuando se rompió la cúpula, se dio cuenta de que ya no tenía escapatoria. Su muerte iba a ser muy rápida, por lo que no podía dejar escrito ningún mensaje. Entonces, trazó la flecha.

—Que señala a algún punto.

—Señala al lugar de donde llegó la muerte.

Stella guardó silencio, hondamente impresionada. Pasado algún rato, Dussey se puso en pie.

—Vamos a la casa —dijo—. Es preciso hablar con la policía.

—¿Funcionarán los sistemas de comunicaciones...? —dudó ella.

—Seguro. El boquete se hizo a causa de un ataque exterior. El

asesino, porque fue un asesinato, no tenía la intención de llegar aquí; le bastaba, simplemente, con hacer que se vaciase el aire.

Llegaron a la casa. Dussey se dirigió directamente al salón. De repente, vio algo sobre una mesa.

—Stella, tome esa cámara y obtenga algunas fotografías del cuerpo de Hilda. Es preciso registrar la señal que dejó antes de morir —dijo.

—Muy bien.

La joven se marchó. Dussey probó el videófono y vio que funcionaba perfectamente. Entonces pidió comunicación con la policía.

* * *

Stella vino poco después. Dussey continuaba hablando a través del videófono. Ella aguardó discretamente.

—Está bien, Genaro —dijo el joven—. Haré como dices. Nos tendrás aquí cuando subas con tus hombres.

Cortó la comunicación. Stella le enseñó la cámara.

—He tirado media docena de placas —informó.

—Estupendo. ¿Quiere venir conmigo? Puede que necesite un ayudante.

—Sí, desde luego.

Mientras caminaban hacia el interior de la casa, Dussey explicó a la muchacha que un experto espacial de la policía le había informado lo que debía hacer en un caso semejante.

—Hay elementos pana tapar agujeros y, además, una reserva de aire doble a la que se consume habitualmente en el satélite.

—Vaya, eso no lo sabía yo —manifestó Stella, asombrada.

—Lo ordena la ley»

De pronto, Stella lanzó un chillido.

Dussey apretó los labios. Había dos cuerpos tendidos en el suelo. A juzgar por su indumentaria, se trataba de la cocinera y la doncella.

Siguieron andando. Un poco más adelante, Dussey vio una puerta de metal, con un rótulo significativo: «Material para emergencias.»

Abrió. Una escalera de caracol permitía el descenso a un vasto sótano, que no estaba destinado precisamente a guardar trastos viejos. Stella divisó una serié de enormes botellas de hierro, conectadas por sendos tubos a una conducción general, las cuales ocupaban :a mayor parte del_ espacio. Al pie de la escalera, había un armario, con indicaciones precisas sobre su contenido.

Dussey extrajo una bolsa que contenía varios tubos semejantes a los de pasta dentífrica, pero de tamaño muy superior. Leyó atentamente las indicaciones de uno de ellos y luego volvió a la escalera.

—Stella tiene que quedarse aquí —dijo.

Ella respingó.

—Voy a tener miedo...

—¿De mí? —sonrió él—. Mire, fíjese en esta palanca con la empuñadura roja. Yo la avisaré por radio. Cuando se lo diga, bájela a fondo, simplemente. Pero no antes, ¿comprende?

—¿Qué pasará, entonces, Rock?

—Simplemente, saldrá el aire de reserva y podremos estar aquí sin necesidad de utilizar las escafandras de vacío.

—Muy bien. Pero no tarde, por favor; siento aprensión de pensar que estoy sola aquí.

—No hay motivos para sentir temor —sonrió él.

Cargado con la bolsa, subió por la escalera y corrió hacia la cascada. El proyectil, cualquiera que fuese su composición, se había limitado a perforar la cúpula transparente. El aire había escapado al vacío y la maquinaria que lo suministraba, debidamente renovado, se había parado automáticamente, al llegar a un mínimo de presión.

Quizá quedaría algo de aire en los depósitos principales, pero no podía ser mucho. El de los tanques de emergencia solucionaría el problema.

Momentos después, Dussey ascendía mediante los propulsores hasta alcanzar el orificio, cuyos bordes, apreció, estaban ennegrecidos extrañamente. Sacó uno de los tubos y tiró de una anilla situada en la parte superior.

Una pasta transparente afloró en el acto. Dussey fue contorneando el orificio con aquella pasta soldadora, haciendo que disminuyera el diámetro a cada pasada. Cuando terminó el quinto tubo, el orificio estaba totalmente cubierto.

Entonces llamó a la muchacha:

—Stella, baje la palanca. Encima hay una lámpara verde. Avíseme cuando vea que se enciende.

—Bien, Rock.

Dussey perdió altura y puso los pies en el suelo. Durante largo rato, con cólicos, contempló el cuerpo inerte de Hilda. Una mujer que lo tenía todo: belleza, juventud, fortuna… y ahora no era sino una estatua helada, que se corrompería muy pronto, cuando recibiese sepultura en algún cementerio de la Tierra.

De pronto, vio algo que le dejó estupefacto.

El asombro fue tal, que tardó un minuto en reaccionar. Stella le llamó:

—¡Rock, sé ha encendido la lámpara verde!

Dussey no oyó siquiera a la muchacha. Ella se alarmó inmediatamente.

—¡Rock! ¿Está ahí? ¡Conteste, por el amor de Dios!

El cuerpo del joven sufrió una fuerte sacudida.

—Estoy bien, no se preocupe —contestó—. Venga a la cascada, por favor.

Stella se hizo visible a los pocos instantes. Con gran asombro, comprobó que Dussey se había quitado el casco de su traje espacial. La luz verde, por tanto, significaba que ya había una presión atmosférica normal.

Ella se quitó también el casco. Entonces, se acercó al joven, que se hallaba junto al cuerpo inerte de Hilda Farr.

—Rock, ¿qué sucede? —inquirió.

—Mire —contestó él.

—No veo nada —dijo Stella, pasados unos segundos.

—Claro que no ve nada. Porque la flecha está borrada.

CAPITULO VII

—¿Sospechas de Stella? —preguntó el comisario San Rafael.

La cámara era de revelado automático, un tipo ultramoderno, que no precisaba sacar cada placa después de impresionada, sino que permitía revelar todo el rollo de una sola vez. Dussey señaló las fotografías que había sobre la mesa.

—No tendría sentido borrar la flecha, después de haber tirado media docena de placas —contestó.

—Entonces, lo hizo otro.

—Sin duda.

—Resulta extraño que no vieras a nadie…

—Pasé un buen rato hablando contigo y con el experto en satélites —alegó Dussey—. Stella fue a tomar las fotografías, pero no estuvo más allá de diez minutos. Luego vino y se reunió conmigo y me acompañó al sótano donde están los materiales de emergencia y el aire de reserva. Al menos, durante un cuarto de hora, la zona de la cascada estuvo absolutamente desierta.

—El orificio no era muy grande…

—Lo suficiente para que un hombre pueda pasar, con cuidado, claro, aunque vaya equipado con traje de vacío.

—Bien, Hilda señaló algo con una flecha. Pero en la arena no hemos visto otras huellas que las vuestras. ¿Por qué?

—Genaro, ¿has utilizado tú alguna vez un traje espacial?

—¡Dios me libre! —exclamó el comisario San Rafael—. Estoy aquí por eso tan vulgar que se llama culto a la amistad, pero, de otro modo, yo... ¿Por qué me lo preguntas, Rock?

Dussey volvió la vista hacia la muchacha, a quien un taquígrafo de la policía tomaba declaración. Luego movió una mano.

—Ven, sígueme, Genaro.

Los dos hombres salieron fuera de la casa. Dussey se embutió de nuevo el traje espacial, aunque sin colocarse la escafandra.

—Vamos a hacer realidad ese viejo aforismo que dice que una imagen vale más de mil palabras.

Una vez se hubo puesto el traje, maniobró en el control del propulsor individual y se elevó hasta el punto donde se había producido la perforación. Una vez allí, giró en redondo y descendió, con la cabeza ligeramente hacia abajo y los pies en un nivel más elevado, como si hubiese atravesado la cúpula.

Lentamente, con infinito cuidado, descendió hasta situarse a unos diez centímetros del trozo arenoso. Primero, trazó una flecha. Luego la borró con la palma de la mano.

A continuación, retrocedió un poco, aunque ya no llegó al lugar de la perforación. El comisario le contemplaba con ojos de pasmo.

—Indudablemente, así sucedió —convino, cuando Dussey se puso en pie a su lado—. Pero ¿quién lo hizo?

—Voy a darte una buena idea, Genaro.

—Habla, Rock.

—Procura que tus médicos forenses averigüen con la mayor exactitud la hora de la muerte de Hilda. Tú recuerdas la hora que era cuando me llamó a la cabaña de los Wyle.

—Sí, ciertamente.

—Tardamos cuatro horas en llegar aquí, ya que tuvimos que desplazarnos hasta la residencia de los padres de Stella, donde se guardaba el cohete. Bien, en ese plazo de tiempo fue cuando se produjo la muerte de Hilda.

—Sigo sin entenderte, Rock —farfulló el policía.

—Aguarda, hombre. Este satélite, no sólo gira sobre la tierra, sino también alrededor de su eje vertical. El tiempo que invierte en este movimiento de rotación es algo inferior a las tres horas. Pero tenemos una flecha que señala un punto..., que señala algo que vio Hilda poco antes de morir. Si conocemos la hora exacta de su muerte, sabremos de dónde llegó el proyectil que rompió la cúpula.

San Rafael asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Investigaré en esa dirección —aseguró.

—Pero no va a resultar fácil obtener resultados positivos —dijo Stella más tarde, cuando ya volaban de regreso a la Tierra.

—¿Por qué? —preguntó Dussey.

—Es de suponer que el disparo, si se le puede llamar de ese modo, vino de algún satélite, ¿no le parece?

—Completamente razonable, Stella.

—Bien..., ¿se le ha ocurrido alguna vez preguntar cuantos satélites orbitan en torno a la Tierra?

Dussey se quedó parado.

—Pues...

—Yo se lo oí comentar a mi hermano, cierta ocasión en que hicimos una excursión con el cohete. Y ya han pasado tres años desde entonces, lo que significa que el número de satélites ha aumentado, por lo menos, en un cinco por ciento anual.

—Stella, suelte las cifras —rezongó él.

—Bertie calculaba que, dejando de lado los satélites que pertenecen al gobierno general y a los subgobiernos locales, hay de doscientos cincuenta mil a trescientos mil. La inmensa mayoría están

en órbitas de revolución larga, aunque hay también muchos de órbita fija. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí. Unos satélites tardan cierto tiempo en dar la vuelta a la Tierra, mientras que otros permanecen constantemente sobre el mismo punto.

—Justamente. Si se supiera el instante exacto en que murió Hilda, se podría conocer el lugar de donde se disparó el proyectil que rompió la cúpula. Pero ese conocimiento debería ser con una exactitud que alcanzase a la décima de segundo.

Dussey meneó la cabeza.

—Lo cual convierte la tarea de buscar el origen del disparo en algo punto menos que inalcanzable —dijo, desanimado.

—No será fácil, en efecto. Pero la policía debe tener paciencia, para eso es su oficio. Por tanto, cuando se sepa la hora aproximada en que fue hecho el disparo, deberán investigar los satélites posiblemente sospechosos. Puede que haya algunos cientos, Rock.

—Stella, me están dando ganas de contratarla como ayudante —sonrió él.

—Si tanto le interesa, aceptaré, pero sólo hasta que encontremos a Bertie —respondió ella.

—Gracias. De todas formas, lo que más me preocupa es el misterioso rayo que lo abrasa todo. ¿Quién lo dispara? ¿Desde dónde se proyecta? Stella, ¿se ha dado cuenta de que parece surgir de la nada, pero que fulmina cuanto toca?

—Sí, es algo horroroso —convino la chica—. Pero lo único que sabemos hasta ahora es que han muerto varias personas y que no tenemos la menor idea del lugar en que puede encontrarse el asesino.

Dussey asintió. Prácticamente, podía decirse que era el primer enigma que debían resolver.

* * *

Una semana más tarde, Dussey recibió una llamada. Extrañado, reconoció al poderoso Hodgson B. Bailey, presidente de media docena de grandes compañías y de las Bailey Enterprises, entre Tas que figuraba una compañía de seguros que tenía muy poco que envidiar al Lloyd's de Londres.

Dussey atravesó un par de vastos salones, caminando con dificultad, a causa del espesor de las alfombras, y luego entró en un despacho que casi precisaba de un helimóvil para realizar su travesía sin demasiada fatiga.

Bailey se hallaba tras su mesa de trabajo y se levantó al verle entrar, introducido por un secretario, que más parecía ministro de Asuntos Exteriores. Dussey se preguntó qué podía querer de él un hombre del que se decía era sólo en uno por ciento menos poderoso que el presidente mundial.

—Celebro conocerle, Dussey —dijo Bailey, a la vez que le tendía la mano con gesto franco—. Ahí tiene bebidas, sírvase a su gusto.

—En estos momentos no me apetece, muchas gracias —respondió el joven—. ¿Puedo servirle en algo, señor?

—Sí. Tengo un cheque de cien mil neodólares para usted.

Dussey parpadeó. Bailey era un sujeto de estatura más bien baja, fornido y con mirada diamantina. Su dureza y su resolución en los negocios eran proverbiales en los medios financieros.

—Siéntese, muchacho —dijo Bailey—. En primer lugar, debe saber que me he visto obligado a entregar cuatro mil billetes de a mil neodólares. He leído lo que ha sucedido y llegué a la conclusión de que lo más prudente era pagar. El dinero es muy apetitoso, pero no sirve para nada si uno se convierte en un poco de humo, ¿me entiende usted?

Dussey hizo un gesto de asentimiento.

—De modo que míster Ray le pidió cuatro millones...

—¿Cómo ha dicho?

—Nosotros le damos ese nombre, señor Bailey. Realmente, desconocemos su verdadera identidad, pero dadas las circunstancias, nos pareció que era un nombre muy adecuado.

—Sí, completamente adecuado —convino Bailey—. Bien, recibí la carta, recibí el cilindro... y pagué.

—Lo siento, señor.

—Más lo siento yo. Joven, no se crea que estoy aquí por ser el hijo de mi padre. Empecé hace treinta años, desde lo más bajo, y no me gusta que un sinvergüenza se aproveche de mi dinero. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Por tanto, quiero que encuentre a ese miserable chantajista, a míster Ray, como usted lo denomina. Aprecio mucho el dinero, aunque más la vida; pero si ese forajido cree que se va a aprovechar gratuitamente de lo que a mí me ha costado tanto ganar, está muy equivocado,

Bailey cogió algo de la mesa y se lo entregó al visitante.

—Cien mil neodólares —añadió—. Haga lo que sea, pero elimine a míster Ray.

Dussey permaneció inmóvil.

—¿Qué? ¿No acepta? —respingó Bailey.

—Si lo que busca usted es un pistolero, no, señor.

—Muchacho, encuentre a míster Ray. Yo no le pido que lo mate, no le pido que actúe como un *sheriff* de hace trescientos años. Lo único que quiero es que lo aparte de la circulación. A ver si me entiende, hombre.

Dussey sonrió ante la brusquedad de su interlocutor.

—Si llego a descubrir su identidad, haré que la policía se ocupe de él —manifestó.

—Y yo le echaré encima un batallón de fiscales. Señor Dussey, jamás olvido un favor, pero tampoco una ofensa, sobre todo, cuando el ofensor no tiene razón. Si se trata de tomarse un desquite por algo que yo haya podido hacerle, puedo comprender su actitud y disculparla. Pero no puedo disculpar este robo. ¿Entendido?

—Sí, señor. Una cosa, por favor.

—Dígame, muchacho.

—¿Dónde está la carta que recibió?

Bailey abrió un cajón y sacó la carta, con el sobre.

—Quizá el papel pueda constituir una pista —sugirió.

Dussey hizo un gesto negativo.

—Tenemos la carta que recibió la señora Farr. Los técnicos han dictaminado que el papel, por cierto, idéntico a éste, no pertenece a ninguna clase conocida. Acaso sea Una elaboración especial, hecha de encargo, pero hasta el momento no ha servido de nada.

—Bien, como sea, haga lo que pueda. Si lo consigue, tendrá mi amistad, muchacho y... no es por ufanarme, pero vale mucho más que esos cien mil neódólares.

Dussey sonrió.

—De eso estoy seguro, señor Bailey —contestó.

Terminada la entrevista, Dussey regresó a su casa. Apenas había llamado, sonó el zumbador del videófono.

Dussey dio el contacto. En la pantalla se hizo visible el lindo rostro de Constance Helmson.

—Señor Dussey, ¿podrá venir a mi casa? Tengo algo importante que comunicarle...

—¿No puede anticipármelo por videófono?

—Prefiero que venga. Si hoy no le fuese posible, mañana...

—Iré hoy, Constance.

—Está bien, gracias.

La comunicación se cortó. Dussey llamó a Stella.

—Tengo que salir —declaró—. ¿Quiere acompañarme ahora?

—Con mucho gusto. ¿Adónde vamos?

—A casa de su futura cuñada.

Stella se quedó parada .un instante.

—Mi... —luego se echó a reír—. Comprendo —dijo—. Si le parece, iré allí directamente.

—Sí, es una buena idea.

Dussey fue a su dormitorio y se cambió de ropa. Para moverse por el campo, necesitaba un traje adecuado. Cuando salía, oyó de nuevo el zumbador del videófono.

—Vaya —refunfuñó—, no van a dejarme en paz.

Esta vez era una mujer que le resultó completamente desconocida. Debía de tener unos treinta y cinco años y le pareció muy hermosa.

—Soy Pamela Rand-Craig —se presentó la mujer—. Señor Dussey, he oído hablar mucho de usted estos días. Francamente, me encuentro en un grave apuro y desearía su ayuda, por supuesto, mediante los honorarios que acostumbre a percibir.

Dussey vaciló un segundo.

—Señora, en estos momentos, tengo exceso de trabajo...

—Oh, la entrevista sería muy corta. He sido... gravemente amenazada.

Aquellas palabras llamaron instantáneamente la atención del joven.

—¿Dinero?

—Dos millones.

Dussey tomó un lápiz.

—Señora Rand-Craig, siento decirle que hoy no me es posible ir a visitarla. Tendrá que esperar a mañana. Yo la llamaré para concertar la hora de la entrevista.

—Sí, desde luego.

—Y ahora, por favor, su dirección...

CAPITULO VIII

Mientras volaban en la dirección señalada por Constance, la muchacha explicaba lo que le había sucedido la víspera.

—Un cerdito joven de la granja eligió la libertad y desapareció antes de que nos diéramos cuenta. Papá me encomendó que lo buscase y yo ensillé la yegua.

—Todavía usan caballos —se pasmó Dussey.

Constance sonrió.

—En una granja, a veces, resultan mucho más útiles que un tractor —dijo—. Además, de vez en cuando, un paseo a caballo es muy agradable.

—Rock, no la interrumpa. Constance, sigue hablando —dijo Stella.

—Bien, yo iba con «Poppy», nuestro perro... Es un buen sabueso y necesitaba de su olfato para localizar al cerdito. Bien, el caso es que rebasé la zona de Braddington Ranch y, cuando menos lo esperaba, encontré... ¡Rock, descienda!

Dussey tomó tierra. Constance saltó al suelo ágilmente y caminó medio centenar de pasos, hasta llegar a un sendero apenas trazado entre los árboles.

—Vengan —dijo.

Stella y Dussey siguieron a la chica. El sendero remontaba una pequeña loma, al otro lado de la cual vieron un singular espectáculo.

Los pinos y los abetos abundaban en aquel lugar, pero se advertían numerosos tocones a ras del suelo, lo que significaba que alguien había talado árboles, según un plan estudiado de antemano. Un poco más allá, al pie de un farallón de unos quince metros de altura, se veía un extraño artefacto, cubierto por grandes lonas.

Constance tiró de una de las lonas y los otros dos la ayudaron. Dussey contempló pensativamente la máquina en aquellos momentos.

Había una sierra, una trituradora de madera y otros elementos en el artefacto, aparte de un pequeño generador de corriente. Constance exclamó:

—Ahora verán.

Recogió un puñado de ramas secas y algunas astillas, echó todo en una tolva y luego se dirigió al generador, que puso en marcha. A continuación, bajó una palanca y la máquina empezó a funcionar.

Diez minutos más tarde, y por el extremo opuesto a la tolva, salió un trozo de papel, de forma irregular.

—¿Qué le parece, Rock?

Dussey frotó el papel con las yemas de los dedos.

—Es de la misma clase que el papel de los anónimos —dijo.

—Algo de eso me suponía yo —exclamó triunfalmente—. Pero todavía no he terminado. ¿Saben adónde conducía el sendero que hemos recorrido a pie?

—Empiezo a sospecharlo —sonrió Dussey.

—Sí, es cierto: el sendero va a Braddington Ranch.

Dussey se quedó pensativo unos momentos.

—La cosa resulta evidente —dijo al cabo—. Míster Ray se fabricaba su propio papel, a fin de evitar pistas.

—Exactamente. —De pronto, Constance se puso muy seria—. Lo peor de todo es que Bertie está con míster Ray.

—Entonces, míster Ray es el profesor Ouesson.

—No puede ser otro, en efecto.

Stella se tapó la cara con las manos.

—Mi propio hermano, un criminal…

Dussey comprendía la aflicción que invadía a las dos mujeres. Ya no cabía la menor duda de que Albert Wyle estaba metido de lleno en aquel sucio asunto de que hablamos.

—Será mejor que nos volvamos —propuso.

Abandonaron la hondonada en silencio. Apenas se habían separado cincuenta pasos de la máquina, se produjo un vivísimo relámpago.

—¡Al suelo! —gritó Dussey.

Era una orden más bien psicológica. Si aquel extraño rayo termógeno les alcanzaba, tanto daría que estuviesen de pie como tumbados.

La máquina que fabricaba el papel se convirtió en humo en fracciones de segundo. Al cabo de unos momentos, Dussey se puso en pie.

Volvió la vista hacia la hondonada. Lo único que quedaba de la máquina era una mancha ennegrecida.

La potencia calórica del misterioso rayo era tal, que incluso había fundido parte de las rocas del farallón. Dussey empezó a sospechar la verdad, aunque, discreto, prefirió callar por el momento.

Stella y Constance se sentían tremendamente impresionadas por el hecho. Dussey procuró animarlas de la mejor manera que supo. Durante el regreso, ellas permanecieron calladas. El joven se imaginaba claramente los negros pensamientos de las chicas.

El hermano de una, prometido de la otra, se había convertido en un criminal. ¿Qué serie de circunstancias se habían reunido para hacerle llegar a tan crítica situación?

* * *

Alguien atisbo a través de una mirilla. Al cabo de unos segundos, la puerta se deslizó a un lado, escondiéndose en un muro de sólida factura. Dussey se dio cuenta de que aquel sistema de apertura y cierre de la entrada de la casa era un método de seguridad contra posibles asaltantes.

La mujer sonrió, alargó su mano y dijo:

—¿Cómo está usted, señor Dussey?

El visitante sonrió también.

—Celebro conocerla, señora Rand-Craig —contestó.

—Venga, por favor —rogó ella—. Le serviré algo de beber…

—Café, por favor.

Pamela Rand-Craig arqueó las cejas.

—Pensé que le gustaría más una copa de buen brandy —dijo.

—Bien, si tanto insiste…

Ella movió insinuantemente sus espesas pestañas.

—Era sólo una sugerencia —manifestó.

—En tal caso, prefiero una copa de jerez.

—Muy bien.

La casa era grande, lujosa. «Se respira el dinero», pensó Dussey.

Y ella, ¿estaba casada? ¿Soltera? ¿Viuda?

Pamela vestía un espectacular traje negro, con un escote en V que llegaba más abajo de la cintura. Sí, andaba por los treinta y cinco años, pero poseía una silueta que le permitía llevar el traje negro, sin otra prenda debajo.

Ella trajo las copas.

—He recibido una amenaza, ya le dije ayer —habló.

—Dos millones.

—Sí, en efecto.

—Por favor, ¿tiene la carta a mano?

—Claro.

Ella dejó la copa a un lado y abandonó la sala. Dussey probó apenas el vino. En aquellos momentos no sentía el menor deseo de beber.

Esperó unos segundos. Pamela se hizo visible enseguida.

Dussey tomó el papel que ella le entregaba y lo leyó rápidamente.

—Sí, es el mismo —dijo—. Nosotros le llamamos míster Ray.

—Oh, un apodo muy extraño...

—Si conociera su forma de actuar, lo encontrada perfectamente justificado. De momento, señora, no puedo hacer otra cosa que darle un consejo, absolutamente desinteresado.

—¿Sí, señor Dussey?

—Pague.

Pamela se sobresaltó.

—¿Usted me aconseja que ceda...?

—Lo siento. En las actuales circunstancias, no tenemos otra salida.

Ella se mordió los labios.

—Dos millones significarán un grave quebranto para mi economía —se lamentó.

—Repito que lo siento. Si fuese factible tomar otra decisión, se lo diría. Lamentablemente, es preciso obedecer las órdenes de míster Ray. Hasta ahora, siempre ha cumplido sus amenazas, cuando no se ha pagado la suma exigida.

Pamela suspiró largamente.

—Si usted lo dice, pagaré. —Meneó la cabeza—. Temo que habré de tomar un poco más de vino.

—Señora, si no le importa, me gustaría quedarme con la carta.

—Oh, en absoluto.

Dussey volvió a fijar la vista en los renglones escritos. De pronto, notó algo raro en los movimientos de Pamela.

¿Qué hacía la mujer en su copa, prácticamente intacta?

La sospecha de que se trataba de una trampa invadió su mente en el acto. No obstante, simuló continuar abstraído en el examen de la carta.

Pamela volvió junto a él, sonriendo, con dos copas en las manos.

—No ha probado el vino —dijo.

—Sí, tiene razón, muchas gracias.

Dussey tomó la copa, pero simuló armarse un lío con la copa y la carta. El resultado fue que parte del licor cayó sobre la pechera de su traje y la copa al suelo.

—Oh, qué torpe —se quejó—. Señora, no sabe cuánto lo siento —dijo, mientras sacaba un pañuelo para limpiarse la pechera del traje.

—No se preocupe —sonrió ella—. Le pondré otra copa.

—Gracias. A decir verdad, bebía sólo por compromiso. Francamente, a estas horas, no suelo beber nunca, créame.

—Como quiera. Bien, ¿qué me dice usted de la amenaza que he recibido?

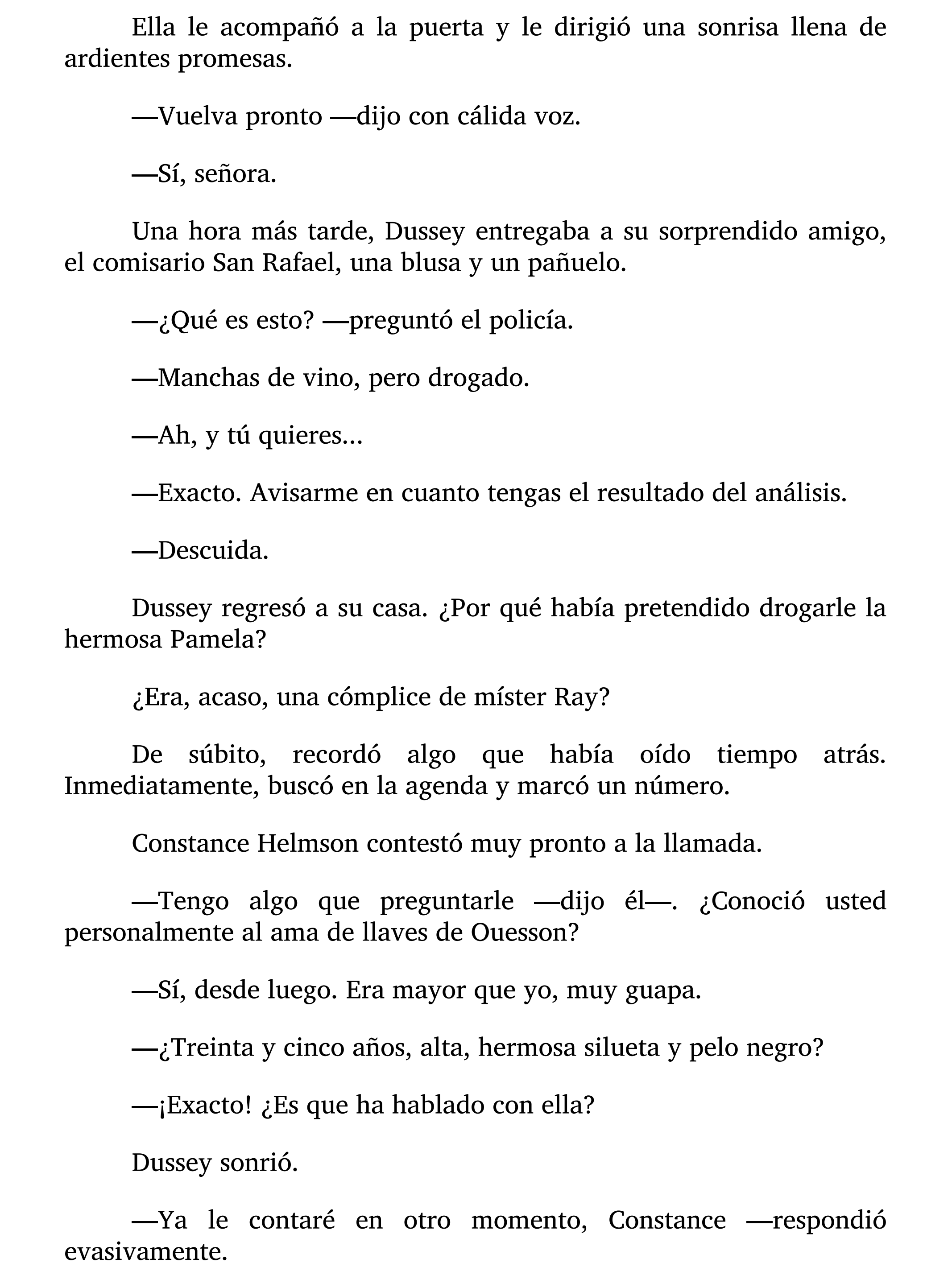
—Tendrá también el cilindro para poner el dinero en su interior.

—Por supuesto.

—Entonces, pague. Cuando encontremos a míster Ray, le obligaremos a devolver el dinero que ha conseguido de sus víctimas. Mientras, si no le importa, me llevaré el mensaje.

—Desde luego. —Pamela sonrió—. ¿Vendrá pronto a verme, señor Dussey?

—Tal vez dentro de un par de días. Llamaré antes por videófono.



Ella le acompañó a la puerta y le dirigió una sonrisa llena de ardientes promesas.

—Vuelva pronto —dijo con cálida voz.

—Sí, señora.

Una hora más tarde, Dussey entregaba a su sorprendido amigo, el comisario San Rafael, una blusa y un pañuelo.

—¿Qué es esto? —preguntó el policía.

—Manchas de vino, pero drogado.

—Ah, y tú quieres...

—Exacto. Avisarme en cuanto tengas el resultado del análisis.

—Descuida.

Dussey regresó a su casa. ¿Por qué había pretendido drogarle la hermosa Pamela?

¿Era, acaso, una cómplice de míster Ray?

De súbito, recordó algo que había oído tiempo atrás. Inmediatamente, buscó en la agenda y marcó un número.

Constance Helmson contestó muy pronto a la llamada.

—Tengo algo que preguntarle —dijo él—. ¿Conoció usted personalmente al ama de llaves de Ouesson?

—Sí, desde luego. Era mayor que yo, muy guapa.

—¿Treinta y cinco años, alta, hermosa silueta y pelo negro?

—¡Exacto! ¿Es que ha hablado con ella?

Dussey sonrió.

—Ya le contaré en otro momento, Constance —respondió evasivamente.

Cortó la comunicación. Era ya tarde y se dispuso a salir en busca de un restaurante para cenar. De pronto, se oyó la señal de llamada en el videófono.

Dussey se acercó al aparato y tocó la tecla de contacto. Inmediatamente, se iluminó la pantalla.

Un sujeto, con el rostro enmascarado, apareció ante sus ojos. Dussey presintió el peligro y saltó a un lado, justo en el instante en que algo brillante hacía saltar la pantalla en mil pedazos.

El delgado rayo de luz hizo insoportable la atmósfera durante una fracción de segundo. En la pared del lado opuesto de la estancia, apareció un pequeño disco negro.

Dussey sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la frente.

—Me he librado de una buena —murmuró, mientras contemplaba el videófono, que había quedado hecho una lástima.

* * *

El comisario San Rafael examinó los restos del aparato con ojos críticos.

—Sí, conozco algunos casos, aunque, por fortuna, poco frecuentes —dijo—. En todos ellos, el que recibía la llamada murió carbonizado.

—Pero ¿cómo...?

—Es bien sencillo: conexión de una pistola radiante al cable de transmisión. El cable queda carbonizado también, por supuesto, pero después de haber transmitido la descarga, cuya duración no es superior a la cienmilésima de segundo. Claro que se puede localizar el origen de la llamada, porque en el otro videófono, si bien la pantalla queda intacta, los mecanismos interiores resultan destruidos. Pero lo corriente es que el asesino escape antes de ser localizado, porque sabe que, tarde o temprano, se encontrará el videófono que sirvió para transmitir la descarga mortal.

—Tú lo encontrarás, ¿verdad?

—Haremos todos los posibles —sonrió el policía.

—Pero no entiendo —dijo Dussey—. Si el que me atacó sabía

que yo iba a morir, ¿por qué tenía cubierta la cara? Una vez que yo hubiese muerto, él no podía sentir el menor temor de ser descubierto.

—Rock, el asesino sabía que no se enfrentaba con un hombre corriente. Lo más probable es que se tratase solamente de una amenaza. Para lo sucesivo, te aconsejo emplees un espejo, cada vez que uses el videófono.

—Sí, es una buena idea.

El comisario San Rafael se dirigió hacia la puerta.

—Estamos investigando los satélites posiblemente sospechosos —dijo—. ¿Sabes cuántos son?

—Psé, unos cien...

—Cerca de mil. Esto es como buscar una aguja en un pajar, Rock.

—No te desalientes, Genaro —sonrió Dussey.

—Es mi oficio. Ah, otra cosa. Hemos analizado los restos de vino.

—Magnífico. ¿Qué veneno era él que me puso la encantadora señora Rand-Craig?

—Lotyne.

Dussey sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

—Lotyne —repitió.

—Justamente. Si conoces sus efectos, sabrás que el

nombre está perfectamente justificado..

—Ya lo creo —murmuró el joven, muy pensativo—.

¿No hay remedio contra esa droga?

—Depende de la persona. En la mayoría de los casos, los efectos son definitivos. ¡Adiós, Rock!

Dussey se estremeció de pánico, porque se daba cuenta de que había estado a punto de perder la memoria para siempre.

CAPITULO IX

—Lotyne —dijo Stella, con los ojos muy abiertos—. Nunca había oído hablar de una droga semejante, Rock.

—Yo estuve a punto de tomar una dosis y todavía se me ponen los pelos de punta, cada vez que lo recuerdo —contestó él.

—¿Por qué la llaman así?

—Bien, para encontrar la respuesta es preciso recordar la *Odisea* y los lotófagos que encontró Ulises en su largo viaje de regreso a Itaca. Los lotófagos comían la flor del loto y olvidaban todo: familia, patria, amigos... El nombre de lotyne, por tanto, está perfectamente adecuado a la droga que tuve la suerte de no ingerir.

—Es decir, ahora estaría usted...

—Vivo, pero con la memoria en blanco a partir del momento en que hubiese tomado la droga. Hacia atrás, por supuesto.

—Ya entiendo. Y fue la señora Rand-Craig quien intentó...

—Sí, con el pretexto de que también había sido amenazada por míster Ray. Le pedían dos millones, pero era falso.

—¿Dónde está ella ahora?

—Ha desaparecido. El departamento fue alquilado por Pamela

Rand-Craig, pero ha resultado ser una perfecta desconocida.

—Con lo cual hemos perdido una pista.

—Hasta cierto punto. Para mí, el origen de ese rayo calórico está en un satélite, Stella.

—Un satélite… el proyector debe de tener una potencia fenomenal para causar semejantes estragos.

—Eso es lo que aún no hemos conseguido saber. Mi amigo el comisario San Rafael ha hablado con diversos científicos, pero ninguno de ellos le ha sabido dar una explicación satisfactoria.

Stella hizo un gesto con la cabeza.

—No acabo de comprender cómo un hombre de tan alta capacidad puede emplear sus conocimientos de semejante manera, haciendo el mal, cometiendo crímenes horribles…

Dussey no quiso decir nada. Aquella frase podía aplicarse también al hermano de la chica. Pero le disgustaba aumentar su aflicción, recordándoselo innecesariamente.

De pronto, dijo:

—Stella. voy a preparar café.

La muchacha se puso en pie rápidamente.

—Deje que yo me encargue —sonrió—. Eso es cosa de mujeres.

Stella se encaminó a la cocina. Dussey quedó en la sala, entregado a sus meditaciones.

De pronto, llamaron a la puerta.

Dussey se levantó y cruzó la estancia. Abrió y se encontró frente a un hombre que le apuntaba con una pistola.

La reacción del joven fue instantánea. Alargó la mano derecha y asió la muñeca del atacante, retorciéndola con fuerza, al mismo tiempo que tiraba hacia sí con indescriptible violencia. Con el mismo movimiento, cayó de espaldas, elevó los pies y los puso bajo el vientre del sujeto, a quien hizo dar una voltereta sobre sí mismo.

Inmediatamente, se levantó y giró sobre sí mismo. El otro se

ponía en pie también. Dussey disparó el puño derecho. Crujió una mandíbula. Un cuerpo humano se desplomó al suelo.

Stella, atraída por el ruido, corrió a la sala. Vio al hombre caído y lanzó un agudo chillido:

—¡Bertie!

Dussey se sobresaltó.

—¿Su hermano?

—Sí…

—Ha intentado asesinarme —dijo él, ceñudo.

Ella se puso las manos en la cara.

—No puedo creerlo —murmuró.

Dussey tocó con el pie la pistola que se había desprendido de la mano de Bertie Wyle.

—Aquí tiene la prueba —dijo.

Se arrodilló junto al caído y le puso una mano en el pecho.

—Está sin sentido, simplemente —añadió—. Pero no comprendo…

De nuevo se incorporó, para cerrar la puerta. Durante unos momentos, contempló fijamente al caído.

—Su hermano obró de una forma peculiar —dijo—. Otro hombre hubiera disparado en el acto. El se movía con cierta torpeza, inseguro…

Súbitamente, creyó comprender la verdad. Fue a su gabinete de trabajo y volvió con algo que parecía una pluma. Inclinándose un tanto, apuntó con la pluma al rostro de Bertie.

Stella protestó cuando vio el chorro de gas que salía del tubo.

—¿Por qué hace eso?

—No se preocupe; simplemente, lo he anestesiado. Dormirá varias horas, lo justo para poner en práctica el plan que se me ha

ocurrido —contestó Dussey.

El videófono había sido reparado ya. Dussey marcó un número. La cara de su amigo el policía se hizo visible muy pronto.

—Genaro, tengo que comunicarte algo muy grave. Un hombre vino a mi casa con intención de asesinarme. Al defenderme, lo he matado —declaró.

* * *

Los camilleros se llevaron el cuerpo inerte, cubierto con una sábana. Stella lo siguió, llorosa como una magdalena. Dussey y el policía se quedaron solos.

—¿Crees que dará resultado? —preguntó el comisario.

—Puede ser. La noticia se extenderá bien pronto. A diario ocurren muertes violentas, pero ellos estarán pendientes de lo que haya podido suceder en esta casa.

—Sí, eso es cierto, aunque hay un obstáculo que me parece insalvable.

—Dime cuál es, por favor.

—Sencillamente, no sabernos dónde están ellos.

Dussey reflexionó unos segundos.

—¿No hay ninguna pista sobre los satélites? —preguntó al cabo.

—No, nadie es sospechoso —suspiró el comisario San Rafael.

—Pamela..., es decir, la señora Rinaldi, escapó. Ella podía haber constituido una buena pista, pero yo cometí el error de pensar que volvería a llamarme, para ver si conseguía propinarme otra dosis de lotyne. Genaro, dime, ¿crees que los médicos conseguirán algo?

—No sé. La lotyne es terriblemente eficaz. Puede que Bertie no recobre jamás la memoria.

—Ese pobre chico... Me pregunto por qué le administrarían la

droga.

—Tal vez adivinó los planes de la pareja y quiso abandonarles, pero ellos no lo permitieron.

—Sí, quizá fue así, aunque si lo querían conservar como ayudante, ¿por qué hacerle ingerir la droga?

—¿No se te ha ocurrido pensar que se la han dado poco antes de venir a tu casa? La lotyne, además, produce hipnosis; es decir, el que toma esa droga, obedece la voluntad de la persona que se la ha dado.

—Es posible —convino Dussey. De repente, se dio una palmada en la frente—. Pero ¿cómo no se me habrá ocurrido antes?

—¿Qué diablos estás diciendo, Rock? —se extrañó el policía.

Dussey se encaminó hacia la puerta.

—Voy a ver a un antiguo conocido… Hace algunos años, quiso hacer negocio conmigo, pero no tuvo éxito —dijo.

Abrió la puerta y sonrió.

—Por supuesto, tú sí asistirás al entierro del pobre Bertie. Yo iría, pero no parecería correcto. A fin de cuentas, soy el que lo ha matado. No te olvides de dar el pésame a la familia.

—¿Quieres que contrate plañideras? —preguntó sarcásticamente el comisario San Rafael.

Pero Dussey ya no contestó, porque había desaparecido de su vista.

* * *

—Bart, hace cuatro años tú quisiste venderme un satélite —dijo Dussey una hora más tarde.

Barton Mac Wallutt miró oblicuamente a su visitante.

—No irás a decirme ahora que has cambiado de opinión —contestó—. Contigo perdí el tiempo miserablemente.

—Lo sé, pero es que vivir allá arriba, aunque sólo sea para un fin de semana, no me gusta en absoluto. Pero tú conoces a la gente que trabaja en tu negocio.

—Hombre...

—El comprador se llama Ouesson, aunque me imagino que habrá empleado otro nombre. Debió de comprar el satélite hará unos tres o cuatro meses. Es muy alto y fornido, de pelo rojo y barba frondosa. Edad, entre cuarenta y cincuenta años y, al menos, aparentemente, tiene la fuerza de un toro.

Mac Wallutt elevó un ojo al cielo y meditó durante unos segundos. Al fin dijo:

—No lo conozco, Rock.

—Pero tus colegas...

—Sí, preguntaré.

Mac Wallutt empezó a utilizar el videófono. Después de media docena de llamadas, consiguió el resultado ansiado:

—El comprador dijo llamarse Tom Randall y adquirió nada menos que cinco satélites. Si quieres, te daré las coordenadas espaciales...

—Sí, las anotaré.

Momentos después, Dussey tenía en la mano un papel en el que constaban las coordenadas espaciales de cinco satélites.

—¿Por qué tantos? —murmuró.

Mac Wallutt se encogió de hombros.

—Ese ya es asunto tuyo, Rock —contestó—. Lo único que siento es haberme perdido el negocio. Mi colega debió de haber cobrado una comisión principesca.

—Barton, ¿cuánto crees que puede costar cada satélite?

—Oh, al menos, dos millones. Pero si sólo iba a habitar uno de ellos, ¿por qué comprar los cuatro restantes?

—Tendré que averiguarlo. —Dussey guardó el papel en uno de

sus bolsillos—. Gracias, chico.

—Rock, tengo un satélite precioso. Por ser para ti, te haría unas condiciones magníficas...

—A mí me gustan más las casas en el campo, aquí abajo, en la Tierra, donde los pies se apoyan en un suelo que no se mueve.

—Salvo cuando hay un terremoto —contestó Mac Wallutt sarcásticamente.

A continuación, Dussey fue a visitar a un astrónomo conocido suyo. Edsel Calloway leyó el papel donde estaban anotadas las coordenadas espaciales de los cinco satélites y luego buscó una pizarra.

Con una tiza, trazó unas líneas en la superficie negra. Luego se volvió hacia su amigo.

—La distancia entre los satélites es de unos cinco mil metros. Cuatro de ellos forman los vértices del cuadrado que es la base de una pirámide de cuatro lados. El vértice, la cúspide de la pirámide, es el quinto satélite. Por tanto, dada la altura de la pirámide, ésta tiene una forma un tanto picuda, y me imagino que ello se debe a un motivo que no puedo expresar, sin conocer más datos. No obstante, yo diría que el satélite que es el vértice superior, es algo así como un puesto de control. Aunque, la verdad, no sé qué pueden controlar desde ese satélite —concluyó el astrónomo su informe.

Dussey contempló la pizarra durante unos segundos. Luego dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Gracias, Edsel; aunque no lo creas, me has prestado un gran favor —se despidió.

Cuando llegó a su casa, hizo una llamada por videófono. Quería alquilar un cohete, pero debía ser de un tipo que permitiese vivir hasta dos semanas en el espacio. Al fin, consiguió encontrar el cohete y ordenó lo tuviesen preparado para el día siguiente, a primera hora de la mañana.

Al cabo de un rato, sonó el videófono. Precavido, Dussey situó un espejo delante del objetivo de la cámara. Luego dio el contacto.

—Señor Dussey —sonó una voz de tonos imperativos.

—Sí, yo mismo.

—Soy Ouesson.

—Tanto gusto. A decir verdad, ya tenía ganas de hablar con usted, pero no le veo la cara…

—Es que no hablo delante del objetivo de la cámara y no puedo taparlo, debido a que entonces el aparato no funciona, como usted no ignora. Sin embargo, como observará, he colocado una pantalla a poca distancia, a fin de que no pueda reconocer el lugar desde el que le estoy hablando.

—Oh, muy ingenioso. Y dígame, ¿en qué puedo servirle?

—Puede servirme dejando de ocuparse de mí. Si no lo hace, tendrá que lamentarlo. La próxima vez no fallaré, eso es todo.

Dirigiéndose al espejo, Dussey sacó la lengua, a la vez que apoyaba el pulgar de la mano derecha en su nariz.

—Buuu… —dijo, burlón.

Se oyó un reniego. Dussey cortó la comunicación. Ahora se sentía mucho más satisfecho. Ouesson empezaba a temerle.

La pantalla que había puesto delante de la cámara del videófono no había servido para nada. Dussey sabía ya el lugar donde se hallaba Ouesson.

Pero no había querido dar a entender que conocía dato tan importante. La sorpresa en el ataque, pensó, era muy importante para conseguir el éxito.

Tendido en el diván, empezó a pensar en el modo más eficaz de llegar al satélite de Ouesson.

CAPITULO X

Stella llamó aquella misma noche y le preguntó por sus intenciones. Dussey dijo que al día siguiente haría un viaje de exploración por el espacio.

—Le acompañaré —decidió la muchacha.

—Pero...

—Nada, no aceptaré disculpas. Iré con usted, Rock.

—Bueno, ya que se empeña...

—Bertie ha iniciado ya el tratamiento. Los doctores dicen que puede ser largo, pero que hay ciertas esperanzas.

—Es una noticia estupenda, Stella.

—Constance ha decidido instalarse en el hospital, junto a Bertie. Es una chica encantadora.

—Tendrá usted la mejor cuñada que podría desear —rió él—. Bien, la espero a las ocho en punto de la mañana. Iremos juntos al astropuerto.

—Conforme.

Antes de acostarse, Dussey pensó en la amenaza de Ouesson. Debía ser prevenido, se dijo.

Revisó el sistema de seguridad. Al cabo de unos minutos, conectó un aparato. No lo había hecho nunca, ni le gustaba, pero debía velar por su propia vida.

Una vez hubo terminado, se acostó tranquilamente. Alrededor de las cuatro de la madrugada, oyó un ruidito.

Sin encender la luz, se sentó en la cama. En voz alta, dijo:

—Eh, oiga, quienquiera que sea, le aconsejo que no siga adelante.

Sonó una maldición. Alguien dio un par de pasos, casi saltos. De súbito, se oyó un terrible chasquido, a la vez que se percibía un vivísimo resplandor de tonos azulados.

Un nauseabundo hedor a carne quemada se expandió por el ambiente. Dussey se puso en pie, encendió las luces y salió del dormitorio.

Horriblemente carbonizado, el cuerpo de un hombre yacía en el centro de la sala. Dussey contempló pensativamente los dos electrodos que habían disparado una descarga de altísima tensión, en el momento en que el cuerpo del hombre se situó como un obstáculo entre las dos células fotoeléctricas que eran el interruptor de la trampa.

Había otro interruptor, naturalmente, y Dussey lo desconectó, ya que la trampa seguía activada. En la mano del sujeto divisó los restos de una pistola radiante.

Meneó la cabeza pensativamente. Luego fue hacia el videófono.

El comisario San Rafael, pensó, debía conocer lo ocurrido. Seguramente protestaría a voz en cuello, por haberle despertado a una hora tan intempestiva, pero sus protestas habrían sido todavía más vehementes de no ponerle en antecedentes del frustrado ataque de que había sido objeto.

* * *

—Era un asesino profesional —dijo Dussey a la mañana siguiente, mientras el cohete ascendía rápidamente hacia la oscuridad del espacio.

Stella se estremeció.

—Fue a matarle...

—Ouesson me lo anunció. Yo me reí en sus narices de sus amenazas. El decidió que no debía perder más tiempo.

—No entiendo —dijo ella—. ¿Cómo pudo reaccionar con tanta rapidez? Si él está en el satélite, no pudo bajar a la tierra, buscar al asesino, contratarlo y hacer que éste fuese a su casa, todo en menos de diez horas.

—Ya he estado pensando en ello —contestó Dussey.

—¿Y...?

—He llegado a una conclusión. Ouesson tiene un cómplice de categoría en la Tierra.

—¿Cómo?

—Alguien le ayuda, buscando un provechoso futuro. De momento, no se me ocurre ningún nombre, pero eso es lo de menos por ahora. Cuando le ponga la mano encima a Ouesson, conoceremos la identidad de su cómplice.

Stella asintió. Sí, aquel asunto era secundario, por el momento.

Lo que importaba era impedir que Ouesson continuase exprimiendo a la gente, con la amenaza de su rayo misterioso.

Al cabo de un buen rato, Stella se dio cuenta de que se acercaban a un lugar conocido.

—Nos dirigimos al satélite de la señora Farr —exclamó.

—Sí, en efecto.

—¿Por qué, Rock?

—He estado .haciendo cálculos, mejor dicho, los han hecho por mí técnicos en la materia, esto es, astrónomos. Dados los movimientos del satélite, de rotación en torno a la Tierra y de giro sobre sí mismo, hay tres veces en el transcurso del día de veinticuatro horas, en que el satélite ocupa la misma posición que en el momento de la muerte de Hilda. La próxima posición ocurrirá a las once horas, doce minutos y veintiséis segundos.

—Creo que comprendo —dijo ella—. Entonces...

—Nos situaremos previamente en el lugar donde murió Hilda y trazaremos una flecha en la arena, exactamente en el mismo sitio en que la encontramos. Llevo fotografías y podremos hacerlo sin la menor dificultad...

—Así podremos conocer el origen del disparo radiante.

—Exactamente, aunque debo corregirla en este aspecto —dijo Dussey—. No fue un disparo radiante como los que conocemos por experiencia, suponiendo que lo sean realmente, sino un pequeño cohete, impulsado por gas comprimido, que estalló al tocar la cúpula transparente y produjo el boquete por el que escapó el aire.

—Pero no se ha encontrado rastro del cohete…

—Era de plástico y se quemó totalmente. Ya le dije que el sistema de impulsión era aíre comprimido. Un cohete puede ser propulsado por cualquier clase de gas… Stella, ponga usted una botella de champaña en el suelo, ábrala de golpe y verá lo que sucede. El champaña se saldrá, desde luego, pero la botella se moverá en dirección opuesta, aunque no sean más que unos centímetros.

—Creo que entiendo —contestó ella, admirada—. Pero ¿por qué no utilizaron el rayo que hemos visto en otras ocasiones?

—Sinceramente, lo ignoro. No se me ocurre ninguna explicación, aunque confío en obtenerla del propio Ouesson.

Stella se estremeció.

—¿Es que piensa buscarle? —preguntó.

—¡Claro! Aunque no debe preocuparse; usted no asistirá a la entrevista.

—Eso no me gusta, Rock.

—¿Qué es lo que no le gusta? Debo hacerlo, cuando le haya localizado…

—Yo quiero estar presente también —exclamó la chica con gran vehemencia.

—Ni lo sueñe. No quiero permitirlo. Ese hombre es un desalmado y no tengo intención de que le cause el menor daño.

—Ya hablaremos cuando llegue el momento, Rock. Por ahora, vamos a ver si localizamos el satélite.

Stella estaba loca, si creía que él iba a permitirla que asistiese a la entrevista, pensó Dussey, mientras el cohete empezaba a disminuir su velocidad, para acercarse al satélite de Hilda Farr.

Dado que la compuerta del hangar estaba cerrada, Dussey juzgó conveniente utilizar la esclusa de emergencia. Apenas se hallaron en el interior del satélite, comprobó el buen funcionamiento de los mecanismos de aireación. Entonces, se quitó el casco y abrió la cartera de mano que había llevado consigo y en la que Figuraban varias ampliaciones de las fotografías que había tomado la muchacha.

Consultó la hora. Faltaban diez minutos largos para que el satélite se encontrase en la posición deseada.

—Vamos a la cascada.

Atravesaron la casa y salieron al parque, que ofrecía un aspecto lamentable. Las plantas, congeladas al haberse visto sometidas al espantoso frío del espacio exterior, habían perecido y el jardín que había sido como un oasis a treinta y seis mil kilómetros del planeta, era ahora una cosa muerta. El agua, al no funcionar la bomba, permanecía quieta, estancada. Acabaría por corromperse, a menos que alguien comprase el satélite y renovase todo por completo.

El mal olor era general, aunque todavía soportable. Con la ayuda de las fotografías, Dussey trazó la flecha en el suelo. Stella montó el pequeño telescopio que habían llevado, procurando que su eje quedase paralelo a la flecha.

Cuando terminaron, Dussey consultó su reloj de nuevo.

—Las once, nueve minutos y doce segundos. Faltan poco más de tres minutos para que el satélite se sitúe en posición. Stella, póngase el casco.

—¿Por qué? —preguntó la joven.

—Precaución.

—Usted no lo ha hecho —observó ella.

—Lo tengo a mano. Si se produjese otro agujero, tendría tiempo de sobra para ponérmelo.

De repente, se oyó el sonido más extraño que hubieran esperado oír en el satélite.

—Alguien llama por videófono —dijo Stella, sorprendida.

—Seguramente ignora lo que sucedió…

—Siga aquí, yo iré a ver quién llama. Usted procure encontrar el otro satélite.

—Muy bien, pero no suelte el casco de la mano.

—Descuide.

Al quedarse solo, Dussey comprobó una vez más la perfecta situación del telescopio. Sus ojos se posaron obstinadamente en la esfera de su reloj.

A las once, doce minutos y veinte segundos, aplicó el ojo al telescopio. Contó los seis segundos que faltaban en alta voz y, al finalizar la cuenta, vio aparecer un satélite en el campo visual.

Con gran decepción, apreció que el satélite no ofrecía nada de particular. Era como cientos de otros que orbitaban en las inmediaciones. Lo único que le extrañó fue que el espejo solar fuese de un tamaño algo superior a lo corriente.

Todos los satélites disponían de un espejo, por medio del cual aprovechaban la energía solar, con lo que así obtenían luz, calefacción y electricidad para los mecanismos interiores. El espejo del satélite sospechoso parecía solamente un poco mayor que los de tipo corriente, pero, salvo este detalle, no había en él nada que permitiera suponer que Ouesson residía en aquel satélite.

—Tendremos que acercarnos a investigar —murmuró.

El satélite sospechoso ocupaba, en efecto, una posición ya conocida, merced a los informes de Mac Wallutt. Basándose en aquel punto de referencia, Dussey trató de localizar a los cuatro restantes satélites que formaban los vértices de la imaginaria pirámide descrita por el doctor Calloway.

Poco a poco, localizó los restantes satélites. Entonces descubrió algo sorprendente.

La pirámide era invertida. Parecía lógico que su base debiera estar encarada hacia la Tierra, pero era al revés. El satélite que ocupaba la cúspide era el más próximo al planeta.

Dussey lo estudió durante largo rato, con gran detenimiento. Parecía un satélite deshabitado. Incluso el espejo solar estaba replegado y fuera de uso. Todo aquello le pareció sumamente extraño, pero la explicación, se dijo, estaba en el profesor Ouesson.

De repente, se dio cuenta de algo que había pasado por alto.

Stella no había regresado aún. ¿Tan larga era la conversación?

Consultó el reloj. Asombrado, vio que había transcurrido casi media hora.

Un vago sentimiento de alarma invadió su mente. Sin pensárselo dos veces, echó a correr hacia la casa. Al entrar, pronunció a gritos el nombre de la chica:

—¡Stella, Stella!

Pero no recibió ninguna respuesta. No era posible que Stella le hubiese abandonado en el satélite. De haber visto algo raro, habría corrido a avisarle.

El cohete era visible a través de la esclusa de emergencia. Por tanto, Stella no se había marchado, sino que seguía aún en el satélite.

Regresó al gran salón. Entonces, oyó ruido de pasos y se sintió notablemente aliviado.

—¡Stella!

La figura que apareció ante sus ojos no se podía confundir en modo alguno con la muchacha.

—¡Caramba! —dijo el sujeto—. ¿Usted por aquí?

—¡Señor Bailey! —exclamó Dussey, en el colmo del asombro.

CAPITULO XI

Por la escalera que conducía al hangar donde se estacionaban los cohetes, aparecieron dos sujetos, altos, fornidos, de rostro pétreo, a quienes Bailey presentó como sus ayudantes. Dussey encontró que era una forma como otra cualquiera de disfrazar su verdadero papel: guardaespaldas.

—He venido a visitar este satélite —dijo Bailey—. Quizá me lo quede.

—Sería una buena inversión, en efecto —convino Dussey cortésmente—. ¿Ha visto a la chica que me acompañaba? —preguntó.

—¿Qué chica?

—Vino una joven conmigo... Stella Wyle. Alguien utilizó el videófono y ella acudió a atender la llamada. Yo estaba en el jardín, ocupado en localizar un satélite sospechoso. No sé cómo, se me pasó el tiempo, y cuando vine a buscarla, ya no estaba.

—Yo no he visto nada —declaró Bailey. Se volvió hacia los dos sujetos, que permanecían inmóviles como nada—. ¿Vosotros?

—No, señor —contestaron los guardaespaldas a dúo.

—Dussey, ¿seguro que la chica estaba aquí?

De pronto, Dussey reparó en algo que brillaba en el suelo. Se agachó, lo recogió con dos dedos y lo enseñó ostentosamente.

—Es un pendiente, de los que se sujetan a presión en el lóbulo —dijo—. Ella lo traía puesto cuando vinimos.

Bailey frunció el ceño.

—Empiezo a sospechar de un secuestro —masculló.

Dussey asintió.

—Yo también lo creo así —dijo a media voz—. Sin duda, esperaron la ocasión propicia...

—¿Quiénes?

—Míster Ray… o sus secuaces.

—¿Por qué habían de secuestrar a la chica, Dussey?

Los ojos del joven se fijaron en el videófono.

—Preveo que no tardaré mucho en tener noticias de ese sujeto —contestó.

El rostro de Bailey se animó.

—De modo que al fin está sobre la buena pista —exclamó.

—Así lo parece, señor Bailey.

—Dussey, ésa es una noticia magnífica —dijo el sujeto, muy excitado—. Tuve que pagar los cuatro millones y… créame, los tipos como míster Ray me sacan de quicio. Prefiero mil veces un atracador corriente, que a un individuo que usa sus conocimientos científicos para robar y matar a la gente.

—En eso estamos de acuerdo, señor. Le aconsejo que regrese a la Tierra; yo le informaré más tarde sobre…

—¡Ni lo sueñe, muchacho! Ahora que estoy a punto de ponerle la mano encima, ¿va a dejarme fuera de la mejor ocasión de mi vida?

Dussey frunció el ceño. Aun para el más torpe, el significado de aquellas palabras era completamente diáfano.

—Señor Bailey, quiero que sepa una cosa —dijo—. Míster Ray debe ser entregado a los agentes de la ley. Por nada del mundo consentiré que se tome usted la justicia por su mano.

—Dussey, deje que yo le ponga la vista encima… y ya hablaremos, —Bailey se volvió hacia las dos estatuas—. En alguna parte debe de haber café y agua.

—Sí, señor —contestaron los gorilas a dúo.

Transcurrió una hora. Dussey se sentía no sólo angustiado por la ausencia de Stella, sino por la compañía de tres hombres, dos de los cuales, por lo menos, le desagraban profundamente. Bailey no le era mucho más simpático, pero, a fin de cuentas, comprendía su postura.

De pronto, se oyó la señal de llamada. Dussey saltó hacia el videófono.

Bailey hizo un gesto con la mano. Los gorilas, que se habían sentado, se levantaron. Los tres hombres se situaron en semicírculo, junto al videófono, pero de modo que no pudieran ser captadas sus figuras por el objetivo de la cámara.

—Dussey —dijo una voz de hombre.

—Aquí me tiene, Ouesson —contestó el joven.

—Sí, le veo perfectamente. ¿Sabe que Stella está conmigo?

—Me lo figuraba. ¿Qué piensa hacer con la chica?

—Es mi rehén..., pero se lo diré mejor, si viene a verme a mí satélite.

—Tiene cinco...

—Es listo investigando, muchacho —rió Ouesson—. Bien, el satélite en que yo habito es el número cinco. Si consideramos que la "cúspide de la pirámide es el número uno, el dos será el más próximo al norte terrestre. Por tanto...

—Comprendo, no siga. Estaré con usted lo más pronto posible.

—Le espero. Ah, Dussey, una advertencia. Venga solo.

—Estoy solo.

—Puede, pero no me fío. Si le veo venir acompañado, la chica morirá.

—Es usted truculento, profesor.

Se oyó una atroz risotada.

—Nunca me habían dicho una cosa semejante, pero, créame, he hablado muy en serio. Hasta ahora.

El rostro de Ouesson desapareció de la pantalla. Bailey dio un paso adelante, apenas se percató de que ya no había peligro de ser visto.

—Dussey, vaya, pero nosotros le cubriremos las espaldas. —dijo resueltamente.

—Ya ha oído lo que ha dicho míster Ray. No quiero que Stella

sufra el menor daño —contestó el joven.

—Le aseguro que la rescatará, sana y salva. Váyase.

Dussey recogió el casco espacial y se dirigió hacia la compuerta de emergencia. Momentos después, soltaba las amarras del cohete y, tras hacerlo retroceder ligeramente, viró en redondo y se lanzó hacia el satélite donde se encontraba el hombre a quien había apodado míster Ray.

* * *

La señora Rinaldi en persona acudió a recibirle a la compuerta. Ella parecía más hermosa que nunca y sonreía de un modo extraño.

—Hola, Rock —dijo.

Dussey la miró fijamente.

—¿Debo llamarla Pamela Rand-Craig o señora Rinaldi? consultó.

Ella se echó a reír suavemente.

—Aunque no lo crea, Pamela es mi nombre. Venga, por favor.

Dussey caminó con el casco bajo el brazo. El satélite era mucho más pequeño que el de Hilda y su aspecto considerablemente más modesto, aunque no por ello dejaba de estar dotado de todo género de comodidades.

Ouesson estaba en una gran sala, cuyo techo y paredes, en tres cuartas partes de su ámbito, estaban formados por una gran cúpula transparente. El hombre del pelo y la barba roja ofrecía una sensación de fortaleza física y psíquica como Dussey había apreciado en poquísimas ocasiones.

—Me alegro de conocerle en persona, Dussey —manifestó—. Ha sido usted un considerable obstáculo para mis... operaciones, pero creo que eso se va a acabar muy pronto.

—¿Dónde está Stella? —preguntó el joven secamente.

—Un momento, no tenga tanta prisa. Antes tenemos que hablar

de algo muy importante.

—Sí, de sus crímenes…

Ouesson alzó los brazos al cielo.

—Estos jóvenes… —se quejó fingidamente—. Pamela, querida, sírvenos algo de beber.

—¡No! —exclamó Dussey con gran precipitación—.

No tengo ganas de que me administren una dosis de lotyne.

Ouesson soltó una risita.

—De modo que lo descubrió—. dijo—. Pamela, debemos admitirlo, no supo actuar bien del todo, aunque tampoco importa demasiado. Dussey, tengo la sensación de que se muere de curiosidad por conocer la forma en que proyecto ese rayo… digamos mortífero.

—Lo destruye todo —rezongó él.

—Sí, y no es más que el principio. Pero todo se andará, descuide. Venga, por favor.

Ouesson condujo a su huésped hasta un extremo de la estancia, en donde había una especie de telón de grandes dimensiones. Tiró de un cordoncito y el telón se replegó automáticamente, dejando a la vista una gran pantalla plana de televisión, situada sobre una larga consola de mando, en la que había infinidad de controles, en forma de teclas e interruptores.

—Quiero mostrarle algo que no han visto muchas personas —dijo el sujeto—. ¿Sabe?, usted nos engañó cuando colocó aquel muñeco en el helimóvil, pero no creo que volviese a repetirlo. ¿Tiene interés por ver a alguna persona en particular? De la Tierra, naturalmente.

Dussey se encogió de hombros. El pelirrojo tocó unas cuantas teclas y la pantalla se iluminó en el acto, mostrando parte del suelo del planeta.

Ouesson continuó sus operaciones en la consola. A los pocos segundos, Dussey divisó una casa en pleno campo. Instantes después, vio a una pareja de edad madura, sentados en el porche. El hombre leía un libro y ella movía las agujas de tejer.

Dussey se quedó pasmado. Estaba viendo a los padres de Stella como si se hallase situado a diez metros de altura sobre el suelo.

—¿Qué le parece? —preguntó el profesor, satisfecho del asombro que aparecía en el rostro de su huésped.

—Si yo fuese la señora Rinaldi, destruiría ese aparato inmediatamente —contestó Dussey.

—¿Por qué? —se extrañó el pelirrojo.

—Es el mejor medio que conozco de ver a una chica guapa en su dormitorio, cuando se dispone a cambiarse de ropa.

Ouesson soltó una atronadora risotada.

—No me difame, por favor —contestó—. Pero todavía no ha visto lo más importante.

La imagen desapareció de la pantalla. Un satélite similar apareció a continuación.

—Fíjese en el espejo solar, muchacho.

Dussey contempló la pantalla. El espejo, de forma cóncava y contorno circular, se agrandó, mediante la aparición de unos suplementos metálicos, que surgían por la parte posterior. A los pocos momentos, había alcanzado un diámetro de más de quinientos metros.

—Utilizo cuatro espejos, uno de ellos el de este mismo satélite —explicó Ouesson—. Su concavidad es escasamente apreciable, dado que tienen el foco a cinco mil metros de distancia, justo en el vértice de la pirámide. Vea ahora, Dussey.

La imagen cambió. El satélite inferior pareció abrirse en dos. Dussey vio una especie de globo rojo, no esférico, aunque lo parecía, sino compuesto por millares de facetas pentagonales. El globo medía unos cinco metros de diámetro y tenía un color rojo realmente atractivo.

—Aunque artificial, es rubí —dijo Ouesson—. Los rayos de sol se concentran en ese rubí, que multiplica enormemente su potencia calórica, hasta alcanzar temperaturas próximas a los veinte mil grados.

—Una singular aplicación del láser…

—Mi invento está basado en eso precisamente, pero no es exactamente un rayo láser lo que envía el globo a la Tierra. La conjunción de los rayos solares reflejados por los cuatro espejos es dirigida por ese globo al lugar deseado, lugar que yo localizo mediante el telescopio que ha visto en funcionamiento. Por supuesto, todo se mueve mediante control remoto, como es fácil de imaginar.

—Para usted ha sido fácil de imaginar, puesto que pensaba hacerse rico con este invento —dijo Dussey con un gruñido—. Pero sospecho que usted tiene planes de mucho más largo alcance.

Ouesson sonrió sibilinamente.

—Es usted listo, amigo mío —dijo—. Sin embargo, no le diré en qué consisten esos planes, aunque, por supuesto; no se vaya a creer que con esta arma voy a buscar el poder mundial. La mayor tontería que podría cometer sería intentar convertirme en el rey del mundo.

—Pues entonces no lo entiendo —exclamó el joven, desconcertado.

—No faltará quien pague por este sistema radiante y no ya cuatro o seis millones, sino cientos de millones. Pero me falta algo y usted va a proporcionármelo.

—¿Yo? —se asombró Dussey.

—Necesito a Bertie Wyle. Aquí, esta dama, tan guapa como carente de seso, tuvo un arrebato de iniciativa propia y dio a Bertie una dosis de lotyne, con el objeto de que fuese a buscarle a usted y le diese muerte. Yo necesito que Bertie...

—¡Está muerto!

Ouesson se echó a reír.

—Vamos, hombre, ¿a quién va a hacer creer semejante disparate? Bertie está vivo, internado en alguna parte, al objeto de recibir tratamiento contra la lotyne. Es un chico muy listo y le necesito, sobre todo, porque cuando se marchó había elaborado una teoría que me interesa comprobar, sobre un mayor alcance de mi rayo. Desgraciadamente, este rayo, si bien de incalculable potencia, pierde energía a partir de los cincuenta mil kilómetros. A los setenta y cinco mil, es completamente inofensivo.

—Oh, ya comprendo. Y usted quiere...

—Quiero que tenga un alcance prácticamente ilimitado. Bertie puede conseguirlo.

—Pero ya le he dicho…

—Dussey, con mi telescopio, puedo contar hasta las judías que tiene usted en su plato, cuando duerme. Sé dónde está Bertie, pero no puedo ir a sacarlo, por las razones que usted comprenderá fácilmente. Por eso necesito su ayuda.

—No me lo entregarán. Bertie ha sido su cómplice…

—Bertie no tiene nada que ver con lo que yo he hecho. Es más, lo ignora por completo.

—¿Me toma por tonto? —gruñó Dussey.

—Cada vez que tenía que hacer funcionar el rayo, Bertie estaba ocupado en otra parte del satélite. No me convenía que conociera a fondo todos mis planes. De todos modos, aunque fuese culpable, que no lo es, insisto, le necesito. Yo mismo le aplicaré el tratamiento.

—No podré traérmelo…

—Sí podrá —dijo Ouesson con firme acento—. Usted tendrá que desarrollar todo su ingenio, porque, me imagino, no querrá que la hermana de Bertie sufra el menor daño.

Apenas había terminado de hablar, Ouesson apretó una tecla en la consola de mandos. La pantalla se iluminó, Dussey vio a la muchacha, apreció en el acto la situación en que se hallaba y sintió que se quedaba sin respiración.

CAPITULO XII

Equipada con su escafandra de vacío, Stella se hallaba en el exterior del satélite, sujeta a un largo vástago metálico, del que partían varios tirantes que formaban parte de la estructura de sustentación del espejo. Stella se hallaba sujeta sólo por una mano, lo que la permitía moverse un tanto, pero no escapar de la crítica situación en que se encontraba.

El vástago del espejo, largo de más de cuarenta metros, semejaba vagamente el mango de un colosal paraguas. Dussey apreció que la distancia desde la sala al lugar en que estaba Stella era casi de cien metros.

—¿Comprende ahora por qué quiero que me traiga a Bertie? —dijo Ouesson, tras una pausa de silencio.

Dussey apretó los labios. El profesor continuó:

—La concavidad del espejo puede aumentarse o disminuir, a voluntad... de la misma forma que usted, cuando utiliza un paraguas aumenta o disminuye su curvatura, según lo cierre o lo abra. Ahora bien, en el caso del espejo solar, la curvatura del espejo puede alcanzar un grado tal, que la luz reflejada llegue a concentrarse en el punto donde está la chica. Usted no ignora que, a fin de cuentas, un espejo solar causa los mismos efectos que una lupa corriente. Cuando era niño, ¿no hizo arder nunca un papel, concentrando los rayos de sol a través de una lupa?

Dussey asintió, mientras tragaba saliva.

—En el momento en que los rayos de sol se concentren en el punto focal, que es dónde está esa encantadora muchacha, ella arderá como si fuese un trocito de papel —concluyó Ouesson.

El joven inspiró con fuerza. La muerte de Stella sería instantánea, por supuesto, pero mucho antes, ella empezaría a sentir el calor abrasador, a medida que aumentase la concavidad del espejo. Él calor aumentaría, aumentaría... Perdería el conocimiento antes de quemarse como una pavesa, pensó.

Pero ello no hacía menos horrible su suerte. Y si quería evitarlo,

debía cumplir las condiciones impuestas por Ouesson.

De pronto, se volvió hacia el pelirrojo.

—¿Cómo puedo saber que cumplirá su palabra, si le traigo a Bertie? —exclamó.

—Tiene que arriesgarse, no le queda otra solución.

Dussey asintió. Sí, estaba en manos de aquel lunático y no podía hacer otra cosa que obedecerle. Claro que había tiempo por delante para pensar algo que le permitiera liberar a los dos hermanos.

Miró a la señora Rinaldi. Pamela había estado silenciosa todo el tiempo. Ahora había en sus labios una leve sonrisa, la expresión de una mujer que, pese a todo, se sabía vencedora.

—Supongo que ella compartirá con usted esos millones —dijo Dussey.

—Claro —sonrió el profesor—. También ha sido una valiosa colaboradora... en otros sentidos.

—Sí, me lo figuro. Bien, puesto que hemos hablado todo, no me queda otro remedio que volver al cohete... Ah, una pregunta, profesor. Sin duda, usted veía muy bien desde aquí el satélite de la señora Farr. ¿Me vio a mí también allí?

Ouesson asintió.

—Desde luego —admitió.

—Un día le haré pagar la muerte de Hilda y de su servidumbre —prometió el joven.

—Puede que eso suceda mucho antes de lo que usted se piensa, Dussey —sonó repentinamente la voz de Bailey.

* * *

Pamela lanzó un grito de sorpresa. Bailey acababa de aparecer, seguido de sus esbirros, quienes empuñaban sendas pistolas radiantes.

—Basta ya de engaños, profesor —dijo.

Dussey empezó a comprender la verdad. Discretamente, inició la retirada, sin que los recién llegados parecieran fijarse demasiado en sus acciones.

—Señor Bailey... —empezó a decir Ouesson.

—Cállese —cortó el sujeto—. Estoy harto de dilaciones, de excusas, de pretextos estúpidos... Me he gastado unos cuantos millones con usted y no he conseguido nada positivo. Cuando vino a proponerme este asunto, debió haberse informado mejor acerca de mí. Nunca tolero que me engañen, ¿comprende?

—Pero, señor Bailey, aún no he terminado mis investigaciones...

—Las ha terminado ya. A partir de este momento, yo seré el que maneje todos los aparatos que hay en esta sala. He oído cuanto ha hablado usted con el señor Dussey y cuento con personal de absoluta confianza, que obedecerá estrictamente mis órdenes. El acuerdo que establecimos fue que yo tendría la patente de su descubrimiento, pero, en lugar de cumplirlo, se dedicó a extorsionar a la gente.

—¡Eran pruebas de funcionamiento! —gritó Ouesson desesperadamente.

Bailey se echó a reír de un modo extraño.

—Sí, por eso se escondió aquí, en el espacio, donde no pudiera encontrarle. Pero no debió haberme enviado la carta en que me pedía cuatro millones. Su orgullo era tan grande, que incluso quiso burlarse de mí. Bien, ahora vamos a ver cuál de los dos ríe el último.

Ouesson extendió una mano con gesto lleno de desesperación.

—¡Aguarde un momento! —gritó—. Tengo que decirle algo muy importante, Bailey.

El individuo dudó un instante. Luego hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien, empiece —accedió.

—Se trata de conseguir un mayor alcance para mi rayo.. Pero no puedo explicárselo solo con palabras. Venga, por favor.

Bailey caminó unos pasos, reticente. De súbito, Ouesson lo

agarró por un brazo, a la vez que ponía algo en su estómago.

—Diga a esos tipos que tiren sus pistolas o le quemaré vivo —ordenó.

Bailey bajó la vista y vio el tubo de metal que empuñaba Ouesson.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Lo mismo que sus esbirros tienen en la mano, sólo que a escala miniatura —contestó el profesor.

—Dispara descargas radiantes.

—Sí.

Hubo un instante de silencio. Al fin, Bailey movió la mano izquierda.

—Dejen caer las pistolas, muchachos.

—Pamela —dijo Ouesson brevemente.

Ella se apoderó de una de las pistolas. Ouesson se echó a reír.

—Bailey, es usted idiota. Lo que tengo en la mano es sólo una pluma —dijo.

Los ojos del aludido chispearon de un modo singular.

—Creí que iba a decirme algo interesante —contestó, sin alterarse—. Yo le diré, en cambio, una cosa muy importante. Pamela, dame la pistola.

—Desde luego —contestó la señora Rinaldi.

Bailey agarró el arma. Ouesson tenía los ojos dilatados por el asombro.

—Ella ha trabajado, siempre para mí —dijo el primero.

Y apretó el gatillo.

Ouesson empezaba a gritar, cuando le alcanzó la descarga. En una fracción de segundo, su cuerpo ardió como una tea. Luego, unos restos ennegrecidos se desparramaron por el suelo.

Bailey sonrió.

—Gracias, guapa —dijo—. Supongo que habrás aprendido a manejar este cacharro.

—Desde luego. Incluso puedo enseñarte cómo funciona el mecanismo de tracción de los cilindros que contenían el dinero —contestó Pamela, sonriendo perversamente.

—Será interesante, en efecto. Pero ahora hemos de deshacernos del investigador... —Bailey giró en redondo y lanzó un grito—. ¿Dónde está Dussey?

Los dos esbirros se mostraron extrañados. De pronto, una voz llegó desde el exterior a través de la radio:

—Aquí me tiene, Bailey —dijo—. Lo he visto todo. ¿Sabe lo que les pasa a las personas que cometen un asesinato?

Bailey lanzó un rugido de ira.

—¡Estúpidos! —gritó, dirigiéndose a los guardaespaldas— Persíganlo, no le dejen escapar...

Los dos gorilas se precipitaron hacia la esclusa. Uno de ellos hizo funcionar el mando de apertura de la compuerta interior, sin fijarse en que la exterior estaba parcialmente abierta.

Pamela lo vio y lanzó un chillido, pero ya era tarde.

El aire del satélite escapó al espacio con un sordo rugido. Se oyeron varios chillidos de espanto.

Desesperadamente, Bailey corrió en busca de su casco espacial, pero la descompresión hizo sus efectos antes de que tuviera tiempo de ponérselo. Sintió un agudísimo dolor en todo el cuerpo, notó que un frío horrible le llegaba hasta los huesos y luego los colores empezaron a fundirse en una negrura total.

Un minuto después, cuatro cuerpos yacían en el suelo, en horribles posturas. Desde el exterior, Dussey contempló el horripilante espectáculo y meneó la cabeza.

Luego, rehaciéndose, voló un centenar de metros, hasta situarse junto a la muchacha.

—No temas, Stella; estás a salvo —dijo.

Ella sonrió a través del casco.

—Sabía qué harías lo imposible por venir a liberarme —contestó.

* * *

—Lo que no entiendo es cómo pudieron abrir la compuerta interna, sabiendo que la externa no estaba cerrada del todo —dijo Stella, cuando ya volaban de regreso hacia la Tierra.

—Bien, en primer lugar debes saber que, cuando me escapé, puse un obstáculo en la compuerta exterior, a fin de evitar que se cerrase. El obstáculo era, simplemente, un libro que encontré en el vestíbulo. Mientras la compuerta exterior no se pudiera cerrar, el peligro de pérdida de presión atmosférica impediría que los ocupantes del satélite pudieran abandonarlo. Lo que yo no me imaginé es que los gorilas de Bailey tuvieran tan pocos conocimientos de lo que es un satélite. Simplemente, se les ordenó salir en mi persecución y no pensaron en otra cosa.

—Pero sus cascos…

—Los habían dejado en la esclusa, entre las dos compuertas. Te aseguro que yo no tenía intenciones de que muriesen; solamente pretendía dejarlos allí, bloqueados. Pero…

Stella asintió. El resto de la frase resultaba fácil de suponer.

—Así que Bailey era cómplice de Ouesson —murmuró.

—Por lo visto, sufragó sus gastos, con vistas a aprovecharse del invento. Pero no contó con que Ouesson era un tipo de carácter marcadamente orgulloso, más bien un megalómano, que ansiaba demostrar de cierta forma el infinito poder de que disponía. En realidad, Bailey me contrató, no tanto porque hubiese recibido una carta en que le exigían cuatro millones, sino porque ya sabía que se trataba de Ouesson y quería localizarlo. Estoy seguro de que sus esbirros me siguieron los pasos constantemente; por eso aparecieron en el satélite con tanta oportunidad.

—A mí me sorprendió el propio Ouesson. Pamela vigilaba desde

el otro satélite y simuló la llamada, para separarme de ti. Ni siquiera pude avisarte…

—No te preocupes —sonrió él—. Todo ha pasado ya. Bertie acabará por sanar, aunque no será cosa de un día. Pero supongo que Constance ayudará mucho a su curación. Antes de un año, tendré que hacer un regalo de bodas. Tú serás la dama de honor, supongo.

—No me disgustará, Rock —contestó Stella.

—A decir verdad, me gustaría ir contigo a esa boda.

—No tengo ningún inconveniente en que me acompañes. Al contrario, me sentiré encantada…, aunque todavía hay para largo.

—Sin embargo, me parece que antes tendré que asistir a otra boda.

—¿Quién se va a casar, Rock?

—Tú. Conmigo, naturalmente.

Stella le miró un instante.

—Si tanto interés tienes… —sonrió.

—No es interés, es amor, Stella —puntualizó Dussey.

FIN



DESDE AHORA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

publica en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la léyenda del
viejo y salvaje Oeste.

APARICION SEMANAL

ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.